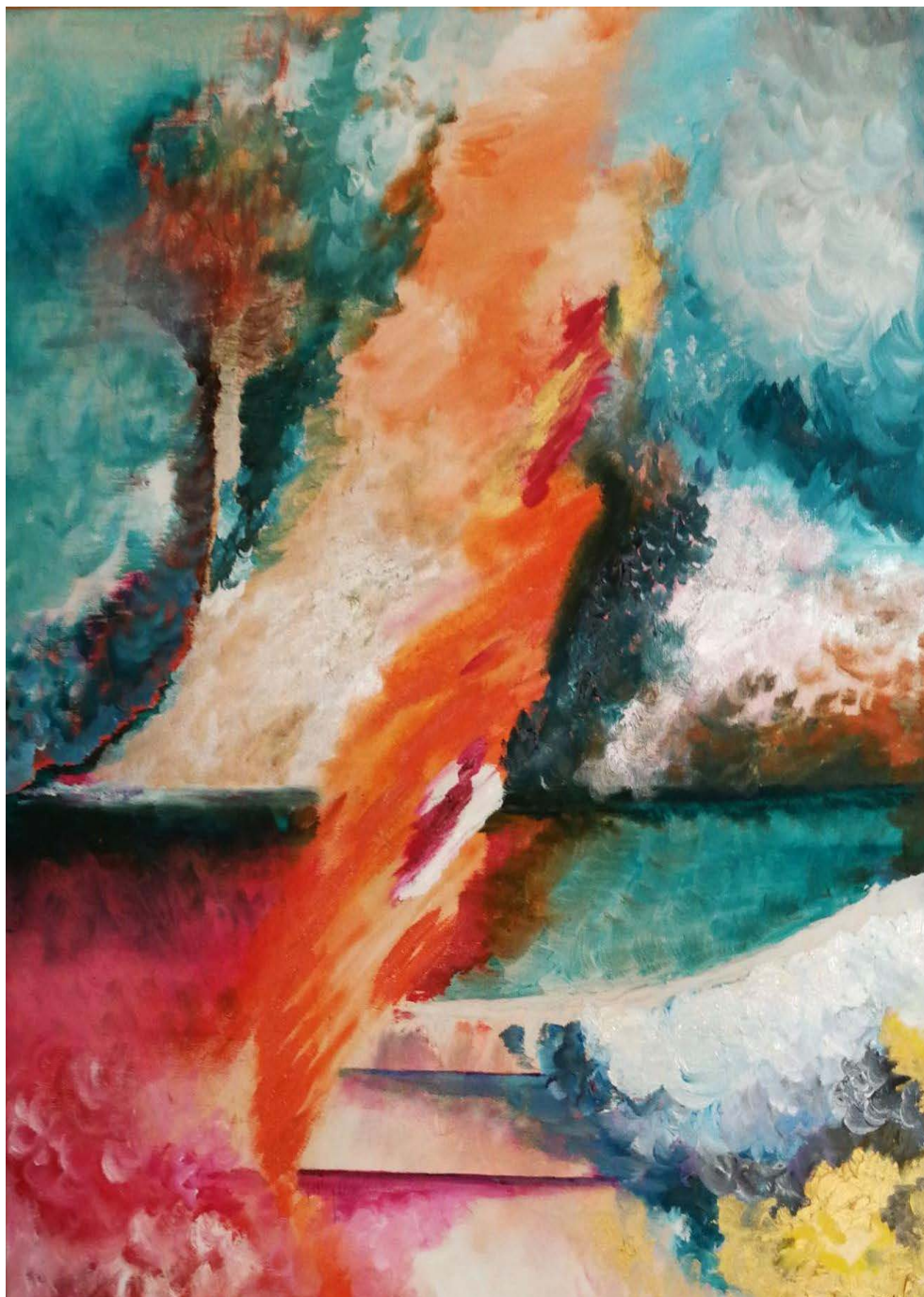




EL FÉMUR DE ELLAS

Textos del confinamiento

(Marzo y abril de 2020)

@ElFémurDeEva

ÍNDICE

pág.

• 27 de marzo 2020 Primavera con tres esquinas rotas Amparo Iraola	5
• 29 de marzo 2020 Los balcones mutantes Paz Lloria	8
• 31 marzo 2020 La Pelea Angélica Pérez Paredes	10
• 2 abril 2020 Las amistades fabulosas Susana Gisbert Grifo	11
• 4 abril 2020 Cuarentena de una migrante en España Dolores Jacinto Nieto	12
• 7 abril 2020 El palpar democrático Aida Vizcaíno	13
• 9 abril 2020 Yo, croqueta Belén Hueso.....	15
• 11 abril 2020 Lo que aprendí en mitad del caos Ami Bondia.....	16
• 12 abril 2020 Cuatro microhistorias de confinamiento Pilar Almenar	17
• 14 abril, 2020 ¿Cómo te sientes con todo esto del coronavirus? Pau, Emma, Cristina, Voro, Valentina, Martina y Dani.....	19
• 16 abril 2020 ¿Qué hace Media Vaca en estos días? Begoña Lobo Abascal	21
• 18 abril 2020 ¿Cómo comunicar en tiempos de crisis? Laura Bellver	23
• 19 abril 2020 Abierto por estado de alarma Clara Castelló	24
• 21 abril 2020 Momentos de soledad no elegida Mamen Garrido	26
• 24 abril 2020 Radiografía de la (a)normalidad Anna Peña	28
• 26 abril 2020 Una obviedad: somos iguales Boutaina El Hadri.....	30
• 29 abril 2020 ¡Que los aplausos no cesen! Consuelo Hueso	32
• 1 mayo 2020 ¿Cuándo llegarán los abrazos? Ana Noguera	33
• 2 mayo 2020 La fabrica de los recuerdos Fani Grande.....	35
• 3 mayo 2020 La «golopeda». Cuento breve de pandemia Beatriz Gallardo Paúls	37



Primavera con tres esquinas rotas

27 de marzo de 2020

Amparo Iraola

Médico de familia y oncóloga

“A la vida le falta el espacio de una grieta para renacer”

“Nos salvaremos por los afectos”

E. Sábato. La resistencia

La salud: la primera esquina.

Quizá nunca antes, jóvenes y ancianos, fuimos tan conscientes de nuestra propia fragilidad. Nos habíamos hecho ilusiones con llegar a vivir mucho, quizá por siempre. O aunque asumíamos que no podríamos vivir por siempre (todavía la ciencia no lo garantizaba, pero puede que en un futuro no muy lejano...) no cabía en nuestra cabeza que una infección pudiera sernos letal. Una infección es de esas cosas que les pasan a otros y en otros lugares. Lejos, preferiblemente. Y cuando ya empezábamos asumir que quizá sí era posible que una simple infección vírica fuera letal, aún nos protegíamos pensando que lo peor lo tenían que pasar los ancianos y quizá nos justificábamos diciendo que a fin de cuentas, por pura ley de vida, era lo justo: se tenían que marchar ellos antes. Quizá ese “antes” sí. Cualquiera de ellos daría su vida por la supervivencia de sus generaciones más jóvenes. Quizá aceptaban y aceptan ese “ser ellos los primeros en abandonar el barco”. Lo que es más difícil de asumir es el cómo. Y el espejo de nuestra sociedad nos devolvió la imagen de unas residencias que hacen lo que pueden en condiciones que quizá muy poco querríamos para nosotros mismos. Y ahí ya empezó a escocer este tema. Y nos dimos cuenta que escocía mucho. Entendimos que la muerte no nos distingue por edades, territorios ni ideologías. Que se puede pelear mucho por parte de quienes nos intentan sacar adelante y aún así, jóvenes y ancianos, podemos morir. Que puestos a mirar la muerte de frente, ya sin caretas, es cruel pensar en morir solo, confinado, aislado. Morir como “a escondidas” en definitiva. Y a escondidas, si hay suerte (que quizá llegue el ritmo de esta epidemia a un punto de no poder haberla), que puedan despedirse de ti tus familiares. Lo cual equivale a decir que parte de la huella indeleble de esta epidemia quedará en la memoria de quienes no pudieron elaborar el duelo en condiciones.

Los que tenemos que proteger la salud nunca antes habíamos tenido que estudiar tan a contrarreloj temas que nos son totalmente ajenos. Nunca antes pensé que tendría que entender de respiradores, filtros, mascarillas, batas, signos radiológicos de distrés respiratorio, antirretrovirales... Nunca antes tuvo tanta importancia la medicina paliativa urgente y express. Cursos acelerados en uno y otro sentido es lo que estamos haciendo la mayoría de clínicos que atendemos pacientes estos días. Faltan horas al día para poder estudiar y estudiar todo lo que nos llega. Y aún así, menos mal que tenemos esa válvula de escape. Estudiar para poder aplicar lo estudiado cada día, en cada batalla diferente que libramos. Estudiar para evitar la frustración de no poder hacer más. Estudiar por responsabilidad hacia quienes tratamos. Nunca antes estuvimos tan unidos en la salud y frente a la enfermedad. Todos a una. Si lo pensamos, cuando somos conscientes de ello, nos rompemos por dentro porque no podemos contener la emoción; así de frágiles somos y estamos también nosotros. Y lloramos juntos y en

silencio nuestra pena por la situación, el agotamiento extremo, y la sensación de desbordamiento generalizado, y juntos celebramos las pequeñas victorias del día a día, como cada paciente que se puede desconectar del respirador en la UCI, aunque esta UCI esté lejos físicamente de nuestro entorno, aunque nuestro campo de trabajo nada tenga que ver con ella. Juntos como nunca lo habíamos estado. Juntos en una situación desconocida para todos. Juntos en el miedo. Juntos en la esperanza. Juntos en el trabajo. En definitiva, juntos.

El mundo que conocíamos: la segunda esquina.

Si pensamos alguna vez que el mundo que conocíamos se rompería con balas y fuego, nos equivocamos. Se modificó en su día con aviones que chocaron contra torres altísimas, con explosivos puestos en trenes, con camiones rodando a un ritmo desbocado, con puñales...

Ni siquiera eso fue suficiente para alterar mucho-mucho nuestro primer mundo. La guerra es demasiado cara, como decía un amigo mío, de ahí que mejor hechos impactantes para hacernos temblar un poco. Pero sólo un poco. Un par de días de shock y a otra cosa, que la vida sigue. Pero encadena una crisis económica con una crisis sanitaria y verás qué pasa: todo saltará por los aires. Se avecinan tiempos nuevos. Tiempos desconocidos que no sabremos qué nos depararán. Si no fuera porque estar en la trinchera blanca de mascarillas y equipos EPI no deja mucho tiempo para pensar, me aterraría pensando en manos de quien estamos para superar esta crisis mundial. Veo demasiada mediocridad para hacer frente a algo tan enorme como esto. Mediocridad y muchos intereses contrapuestos. De nuevo, me siento como aquellos soldados de la IGM que luchaban cuerpo a cuerpo mientras sus superiores tomaban el te en la retaguardia y dirigían destinos como si se tratara de un partida de ajedrez... Siento más inquietud por ese hecho, que por aquello que el coronavirus nos pueda arrebatarnos. A fin de cuentas el mundo que dejemos hoy, será el que hereden nuestros hijos.

El orden de nuestras prioridades, la tercera esquina.

Nunca antes nos hizo tanta falta tocarnos, sentir al otro cerca, como ahora que se nos pide que guardemos la distancia de seguridad reglamentaria. Quizá nunca antes estuvimos tan unidos y tan próximos como ahora, confinados cada cual en sus casas y separados por la distancia reglamentaria.

La mayoría echamos de menos abrazar a nuestras familias, especialmente a nuestros mayores. También a nuestros amigos. Soñamos con el momento de poder volver a salir y sentarnos en una terraza al sol a brindar por la vida. Reír juntos, tocándonos, abrazándonos sin miedo. Disfrutando de atardeceres al aire libre, de paseos por playas y bosques. Tantas cosas como hemos tenido siempre y apenas reparábamos en ellas. La felicidad de las cosas cotidianas, de las gentes cotidianas, de nuestra rutina que hoy vemos truncada. Me pregunto durante cuánto tiempo saborearemos esas cosas cuando podamos volver a hacerlas. ¿En qué proporción cambiarán nuestros valores tras todo esto? ¿Cuántas veces volveremos a abrazar a nuestros mayores sin rechistar, dedicándoles algo del tiempo libre que nos será devuelto cuando pase esta crisis inaudita? ¿Cuanto nos durará la solidaridad?

¿Cuántos nos replegaremos de nuevo en nuestras vidas anónimas y volveremos a no ver, a no sentir, a no pensar en nuestros vecinos de reclusión? ¿Cuántos de nosotros, sanitarios, volveremos al ostracismo (hostil muchas veces) de nuestras especialidades? ¿Cuánto tiempo recordaremos que hubo un tiempo en que explotó todo, se nos alteró todo el orden de las cosas y nos tocó trabajar a destajo unidos? ¿Servirá todo esto para hacernos cambiar? ¿O volveremos a nuestro mundo hiperconsumidor, individualista, narcisista, egoísta y ultrarrápido?...

La esperanza: La esquina irrompible.

“Se llega a un punto en que no hay más que la esperanza y entonces descubrimos que aún lo tenemos todo”. José Saramago.

Estos días de paso acelerado hacia el trabajo con un nudo enorme en el estómago por compañía, paso por calles de mi barrio que están empapeladas con anuncios de gente ofreciéndose a ayudar a ancianos que viven solos o personas enfermas que no pueden bajar a comprar. En redes sociales hay gente que se ofrece a cocinar para otros. Médicos que se ofrecen a hacer de consultores de pacientes anónimos que tienen dudas y no pueden contactar con sus equipos sanitarios porque estos están colapsados. Ingenieros y fabricantes que ponen a disposición sus recursos y su ingenio y conocimiento para hacernos llegar batas, mascarillas y mascararas aislantes. Gente que cada día sale a las 20:00h y se deja las palmas de las manos en aplaudir. Gente que sigue trabajando para que a nadie le falte lo mas básico para vivir. Gente que nos regala su música, su voz recitando poesía o sus libros para mantenernos entretenidos. Gente que literalmente no para, para que la información llegue puntual y veraz. Gente anónima. Gente unida. Gente resistente y resilente. Gente amiga. Gente buena. Buena gente que intenta reconfortar a otra gente en la distancia. La esperanza anda puesta en esa gente, en esas personas que nos hacen más grandes, más humanos. La esperanza por tanto no está puesta en un hecho o en una cosa material y por lo tanto, la esperanza quiero pensar que es una esquina, un pilar fundamental, que es irrompible. La esperanza somos nosotros. Cada uno de nosotros. La esperanza está en nosotros. La esperanza por mantener la salud, la esperanza por cuidar y cuidarnos, la esperanza de mantener lo bueno que había en el mundo que conocimos y de cambiar aquello que no nos gustaba. Si lo pensamos bien, no siempre se tiene la oportunidad de parar, poner en una balanza nuestro orden de prioridades y cambiarlo a voluntad según el aprendizaje que os ha dado la vida. La esperanza es pues lo único que tenemos de verdad estos días tan raros, tan extraños, tan descorazonadores a veces. La esperanza es lo único que tenemos y cuando seamos conscientes de ello, nos daremos cuenta de que con ella, lo tenemos todo. Lo seguimos teniendo todo.



Los balcones mutantes

29 de marzo de 2020

Paz Lloria

Profesora Titular de Derecho Penal
de la Universidad de Valencia

Los balcones de nuestras casas de ciudad son esos lugares, normalmente pequeños, que el día a día nos hace olvidar. A veces, les damos tan poca importancia que los incorporamos a la casa cerrada, a las paredes, los encristalamos para ganar espacio donde estar encerrados. Sin embargo, si los conservamos, cuando llegan momentos de reposo nos ofrecen un respiro. Normalmente nos acercan a la naturaleza, al espacio abierto: los hay con muchas macetas; otros con pocas; otros con plantas de “mentira”; incluso con huertos urbanos o con un pequeño árbol (mi olivera esta ahí, mirándome de cuando en cuando, recordándome ese seco que invita a correr o caminar y echo tanto de menos). En ocasiones hasta tenemos una pequeña mesa, que nos permite tomar un café leyendo la prensa, o una cerveza hablando por teléfono. Pero, en general, no son un lugar relevante de nuestras paredes, no les prestamos atención, no atendemos a su invitación a respirar y tomar un rayo de sol.

Tampoco solemos usarlos para atender a nuestros vecinos, ni para preguntarnos qué está pasando tras las cortinas del de enfrente. Entenderme, no “en plan”-como diría mi hija- la vieja del visillo; pero nuestra acelerada vida no nos deja reflexionar sobre si esas risas son de felicidad o de nervios; o si esa música es la que le gusta al padre o al hijo; ni siquiera si esos gritos pueden ser una llamada de angustia. Pero en este momento extraño, como de película de zombis, todo cambia. Y nuestros balcones, como en todas las películas de muertos vivientes, también han mutado. Aquellos que los incorporaron a las paredes los echan de menos. Los que no los tienen suspiran por uno. Los que los hemos mantenido, de repente los cuidamos. Les hemos dado una importancia vital: los hemos vaciados de cachivaches, los hemos limpiado, adornado de pancartas y globos, les hemos incorporado gimnasios improvisados con escaleritas y taburetes, hasta hemos lijado y barnizado sus mesas y sillas.

A diferencia de las pelis de miedo los balcones han cambiado para ser nuestra luz. Les damos un nuevo valor, porque son nuestro puente con el exterior, con la vida, con esa naturaleza que nos recuerdan las plantas (hasta las de “mentira”). Se han convertido en nuestra comunicación con esos vecinos de detrás de las cortinas (ahora abiertas) y de los que no sabíamos nada. Ahora salimos más a tomar café, y le preguntamos a nuestra vecina cómo va todo y si necesita algo. Reflexionamos sobre esas risas y esos gritos, y esa música, y ese murmullo de amor. Y estamos alerta por si tenemos que ayudar ante una llamada de auxilio. Los balcones mutantes se han convertido en un lugar de cuidado y cariño, donde nos juntamos para saber que ha pasado un día más y no desorientarnos. Y nos permiten aplaudir todos juntos para no sabernos solos. Porque, se nos había olvidado, que uno solo va más rápido, pero no llega más lejos.

Y ese cambio es maravilloso. Si algo bueno tiene este encierro es darnos tiempo para pensar, para sacar lo mejor y para cuidar. Pero hay algunos balcones que mutan doblemente: como si un Barón Ashler se apoderara de ellos y, de repente, ante la mínima sospecha de infracción, hace que saquemos una espada justiciera que reclama el cumplimiento del mandato de encierro. Y se pide con una rabia y una ira desconocida en aquella vecina que ayer se ofreció, amablemente, a subirte el paracetamol de la farmacia. Y de lugar de refugio de los superhéroes, los balcones mutantes se convierten en cuevas de mal rollo y rencor. Como en las pelis malas de miedo.

El miedo puede llevarnos a situaciones que en condiciones normales serían impensables; el miedo explica, pero no justifica. Este encierro es temporal, y es temporal porque somos, con carácter general, solidarios y responsables. ¿Por qué no mirar con calma? Quizá ese padre que pasea con su hijo ha de hacerlo necesariamente, pues nunca nos paramos a pensar si ese niño que gritaba algunas veces, y era calmado con ternura, tenía alguna patología que no le permite mantener el encierro; quizá esa anciana que camina con su hijo necesita diez minutos de sol para entender cuando es de día y cuando de noche, y para que no se le olvide que quien le acompaña es su hijo y ese, su barrio; quizá no conocemos tan bien a nuestros vecinos como para comprender todas sus necesidades.

Ser un buen ciudadano no es ser un súbdito (gracias, Javier de Lucas). Nuestro balcón mutante ha de mantener ese espíritu de libertad que la alarma solo nos ha limitado, no robado. Nuestro balcón mutante ha de perder su cara hostil. Nuestro balcón mutante ha de quedarse para que podamos hacer todo eso que mayoritariamente hacemos: cuidarnos, comunicarnos, pensarnos y descubrir nuestras virtudes y nuestras debilidades. No, esto no es una guerra. Es una pandemia. Y no hay enemigos. Hay personas que hemos de cumplir con nuestros deberes de seres pensantes: ser responsables, solidarios, empáticos y libres. Y cuando todo esto pase, que pasará, debemos seguir mimando nuestros balcones, y saludando a los vecinos, y preguntando por cómo va, y tomando cafés, y adivinando las risas y los juegos, y las lágrimas de pena, y la música que nos acompaña. No, esto no es una guerra. Es una parada, un paréntesis, un futuro que está aquí, y como dicen los Niños Mutantes: Todo va a cambiar (para mejor). Escuchad, escuchad...



La Pelea

31 marzo, 2020

Angélica Pérez Paredes

Escritora, criminóloga y profesora de música

Ahora que es imposible compartir un café, Fani me invita a su casa. El Fémur siempre ha sido un lugar donde volver cuando arrecia el temporal. Y este es fuerte y amenaza con barrer nuestro espejismo de bienestar. Porque en algún momento creímos que no había que pelear por cada metro de tierra conquistada, por cada derecho adquirido. Nos equivocamos, ebrios de aquello que creímos haber conseguido. Creímos que éramos poderosos por consumir, por tener, por aparentar. Creímos que estábamos a salvo de cualquier cosa. Ahora tenemos una oportunidad única para rectificar, ahora que podemos ver el mundo a tiempo real: lo que contemplamos con sorpresa e indignación ya estaba ahí. Lo que echamos de menos, también.

Apenas puedo aportar algo de interés, pero abusando, les cuento. Tengo una gran sensación de agradecimiento. A la humanidad ilustrada que ha hecho del saber su vida y que ahora es la esperanza hecha carne. A esas personas anónimas que hacen que todo funcione. No me puedo olvidar de los resilientes que aguantan con muy malos mimbres la paz social. Esos que vinieron a este mundo con la batalla perdida y aun así se están esforzando en sonreír a los hijos, en estar presentes mientras hacen los deberes, rezando porque no les pregunten. Son los que ponen el puchero para veinte con más imaginación que recursos, sabiendo que va para muy largo, calmando los ánimos que se desbocan ante el goteo incesante de desgracias, siguiendo con la rutina de los cuidados, incansablemente.

Me pregunto cómo lo hacen para sobrevivir en esos barrios a los que no llega el progreso ni la universidad, esos barrios con la luz enganchada, bulliciosos, paupérrimos. Qué ha pasado con los comedores sociales, con los albergues. Me pregunto cómo están los yonquis y las prostitutas. Cómo los presos, cuyas madres eran legión el día que se comunicaba, y que ahora están permanentemente ausentes, amenazadas por este enemigo invisible. Daríamos una fortuna por una cercanía que ya es imposible para muchos. Ahora somos todos internos sin nadie a quien abrazar. El amor de madre ya no es taleguero sino entrañable, y los motines caseros se suceden anticipando lo que vendrá cuando no haya nada que rascar en ese tipo de economía invisible que no entra en ningún supuesto de la disposición legislativa.

Sé que está más cerca ese día de ir al mar, me he propuesto no aplazarlo nunca. Amparo dice que “en los límites es donde se vive de verdad”. Amparo hace mucho que vive la vida con maneras de funambulista gracias a la sanidad pública, conservando intactas las ganas de pelea. Las personas que sobreviven a enfermedades graves tienen una lucidez que nos ha faltado al resto. Fueron los primeros en avisar sobre el asalto neocon. Ojalá se cumpla el mantra y de esta salgamos mejores, más solidarios, más sabios. Porque la pelea por lo público no prescribirá tras el confinamiento, ni tras la vacuna, si ésta llega a materializarse. La pelea, la que nos salva y nos iguala, es como el amor de madre del tatuaje. Incansable. Para siempre.



Las amistades fabulosas

2 abril, 2020

Susana Gisbert Grifo

Escritora y fiscal delegada de delitos de odio
en la Fiscalía Provincial de Valencia

Desde que, hace un par de días, mi querida amiga -a la par que prologuista- Fani Grande me propuso ser una de sus firmas invitadas en El Fémur, me puse a dar saltos de alegría. El Fémur es un referente de muchas cosas, como lo es la propia Fani, y ser parte de él es un honor y un lujo. Así que también esta será una de las cosas buenas que trajo el coronavirus -o, como lo llamaría Empar, el xungovirus-, que también las ha habido. Quizá alguien deba estar pensando que es a mí a quien le ha afectado alguna otra cosa, porque el maldito bicho nada tiene de bueno. Y es cierto, nada tiene de bueno algo que ha causado tanto dolor, tantas muertes y tanta desesperación e impotencia. Pero nuestra manera de reaccionar y lo que aprendamos de la experiencia sí que puede ser bueno. Y no solo puede, sino que debe serlo.

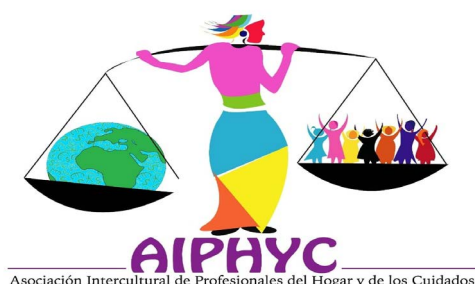
Pues bien, una de esas cosas positivas a las que me refería es el cambio estratosférico en nuestra escala de valores y, en especial, el hecho de conferir valor a esas cosas que nos pasaban desapercibidas. Salir a dar un paseo, un abrazo, un apretón de manos o un simple café compartido eran lujos de los que disfrutábamos sin darnos cuenta de que lo eran. Hasta ir a tirar la basura se ha convertido en una actividad tan envidiable que varios de los habitantes de cada casa se rifan hacerlo. Y, como ocurre siempre, solo echamos de menos cuando no tenemos. En estos días de repensar las cosas, he reforzado mi creencia de siempre de que soy una verdadera privilegiada. Y no por un trabajo, o por cosas materiales, sino por algo importantísimo, la amistad. Estos momentos hubieran sido difícilmente soportables sin los lazos de amistad que se estrechan casi sin darse una cuenta.

Pertenezco al mismo grupo de amigas desde hace más tiempo del que soy capaz de recordar. Cuatro amigas que son una constante en mi vida. De hecho, no recuerdo ningún momento importante en que no hayan estado, y eso está muy bien. Pero hay otras ocasiones, cuando no celebramos una boda, un bautizo, un cumpleaños o un aniversario, y dejamos la amistad un poco de lado. A veces nos cuesta ponernos de acuerdo para quedar, y pasan semanas y hasta meses sin reunirnos. Sin embargo, ahora nos vemos a diario. Cada día, a la misma hora, quedamos virtualmente y nos vemos las caras echando mano de las posibilidades tecnológicas a nuestro alcance. Comentábamos que nunca nos habíamos visto con tanta frecuencia, y es verdad. Pero también lo es que nos necesitamos. Y esa necesidad ya formará parte de la herencia positiva del maldito bicho.

Como decía, soy muy afortunada. No son mis únicas amigas. Ningún día falta un “buenos días” a ese grupo que nos reuníamos cada miércoles y que seguimos en contacto, aunque, de momento, no pueda ser físico. La primera cerveza que volvamos a compartir me va a saber a gloria, os lo aseguro. Cuanto los días que faltan.

Y aún hay más. Mis amistades del grupo de la falla, separados tan abruptamente cuando estábamos a punto de celebrar nuestra fiesta, las del colegio al que asistí toda mi vida, los distintos grupos de amigos relacionadas con el trabajo pero que ya hace mucho tiempo que sobrepasaron la esfera profesional para entrar en la personal. Mis compinches, como ya desde hace mucho nos autodenominamos. Es hora de poner fecha para esa quedada que no llega nunca, para esa comida, cena, café o lo que se presente. Os necesito, y no veo el instante en que retomemos todos esos abrazos que dejamos pendientes. Espero que esto no dure mucho, pero, en cualquier caso, no volveré a ser lo que era. Y, si sabemos aprovechar la oportunidad que la vida nos da, nadie debería ser lo que era. El destino, con toda su crueldad, nos ha brindado una oportunidad de saborear cada una de las cosas buenas de la vida que nos estábamos perdiendo. Que no nos quepa duda de que la amistad es una de las más importantes.

Os espero con los brazos abiertos para darnos abrazos hasta desgastarnos.



Cuarentena de una migrante en España

4 abril, 2020

Dolores Jacinto Nieto

Representante de la Asociación Intercultural
de Profesionales del Hogar y de los Cuidados

Hará poco más de un año tuve el honor de conocer a Fani en una de sus tantas formaciones, yo formaba parte de un nutrido grupo de mujeres migrantes, las cuales todas estábamos metidas en temas sociales, mujeres maravillosas con mucho que aprenderles a todas y cada una de ellas, para mí es todo un honor que ahora me invitó a escribir en su blog. La primera idea que me surgió cuando Fani me invitó a escribir, primero fue el de celebrar la vida, la vida de mis amigas, que más que eso se han convertido en hermanas, las que me han hecho parte de su familia, pero que además somos compañeras de activismo, sí, romantizar estos días. Pero desde este lado migrante, desde los “privilegios” a los cuales puedo llegar al tener una tarjeta de residencia, y un contrato laboral, el cual en este momento no me sirve de mucho más que para poderme quedar en casa, percibiendo un salario a cuenta de mis vacaciones (esas que pensaba pasar con mi familia), las cuales ahora me las paso en casa; pero vuelvo a repetir, yo me puedo quedar en casa, pero hay otras tantas mujeres que como yo también trabajan dentro de un hogar, ya sea a jornada completa, por horas, o de manera interna estas últimas, sin tener ningún tipo de protección, intimidad y ya no digamos descanso.

Se perfectamente lo que es, trabaje durante 6 años de interna y aunque mi empleadora siempre respetó mis derechos y descansos, no quita que no seas dueña de tu tiempo durante 6 días a la semana, son seis días en los cuales vives la vida de tus empleadores... Pero volviendo a mis compañeras, a muchas las han despedido, sin haberles dado el finiquito en su mayoría, mujeres sin documentación en regla y otras que no tenían contrato por escrito, las internas, a muchas se les ha prohibido salir, sin respetar sus descansos trabajando los siete días de la semana. No, no todas las personas nos podemos quedar en casa, priman los privilegios de unos y son las más desfavorecidas quienes pagan un coste más alto, quienes se ven obligadas a continuar con estos trabajos, da igual las condiciones porque sabemos que una primera necesidad es comer, porque sabemos que si seguimos trabajando podremos ayudar en nuestros países de origen, porque hay mujeres que son cabeza de familia y no se pueden dar el lujo de parar, y de esto se aprovechan muchos empleadores y empleadoras.

A lo largo de todos estos días escuchamos un montón de frases, y discursos, pero lo único real de todo ello es que el teletrabajo solo es para unos, el “yo me quedo en casa”, debería ser “yo me puedo quedar en casa”, el “no vamos a dejar a nadie atrás” por una equiparación real de todos los sectores laborales y la que más “estoy cansado de este encierro”, pues ahora que ya sabemos lo que es, no poder salir a la calle cuando nosotros queramos. Les invito a ponerse en los zapatos de muchas mujeres que trabajan así, encerradas en una casa, a la buena voluntad de su empleador, haciendo múltiples tareas sin parar todo el día a quienes este sistema invisibiliza

Es momento de dar valor a todo ese trabajo que es esencial para la vida misma, es momento de reconocer la labor de todas estas mujeres, que lo han dejado todo en el país de origen por querer algo mejor para ellas y su familia, pero que aquí cuidan a lo que más se ama a sus hijos, padres, abuelos.

Nosotras las migrantes, ya sabíamos qué era amar a través de la distancia y del tiempo, aprendimos a querer bonito sin tener que tocar, a tomarnos el café a través de una pantalla, a sentirnos cerca estando lejos; por eso ahora si extrañamos el contacto, pero sabemos que el autocuidado, así como el apoyo entre nosotras es lo más importante, que si una está bien lo estaremos todas, ya volveremos a tomarnos ese café pendiente, a celebrar la vida mientras tanto, estamos trabajando para que nada vuelva a ser igual, para que los cuidados sean reconocidos y valorados, para que salgamos más humanos, valorando la vida, nuestra vida y la de los demás, independientemente del color de piel, estatus social o migratorio.



El palpar democrático

7 abril, 2020

Aida Vizcaíno

Socióloga, politóloga y profesora
de Ciencia Política en la Universitat de València

En los años 70, el politólogo Ronald Inglehart acuñó la teoría sobre los valores materialistas y posmaterialistas de las sociedades occidentales. Lo que nos viene a decir es que en aquellas sociedades en las que, como consecuencia de la modernización económica, están garantizadas las necesidades básicas de alimentación, hogar, seguridad y empleo, las generaciones sucesivas “superarán” estos valores materialistas para inclinarse hacia valores políticos relacionados con la imaginación, la creatividad, la autoexpresión o realización personal, la libertad de expresión, los estilos de vida alternativos, la sensibilidad hacia el medio ambiente. Es decir, la preeminencia de la calidad de vida como intangible y no como acumulación de bienes.

Así, en una suerte de tablero de juego, los valores materialistas y los posmaterialistas conviven en nosotros y, en función de nuestras socializaciones, la generación a la que pertenecemos y posición social que tenemos, damos más importancia a unos o a otros. De ahí que digamos que en las sociedades occidentales, siendo los valores materialistas los más extendidos, los posmaterialistas explican –en parte– los comportamientos y actitudes. Entre otras, explican el porqué a algunos les está costando cumplir con el confinamiento o el porqué no nos podemos comparar con China (¡ni ganas!). Bueno, aunque la desconfianza histórica de la ciudadanía española hacia sus autoridades (cinismo democrático de Maravall) también tiene algo que ver.

Para quien trabaja la sociopolítica, como es mi caso, observar las reacciones que estamos teniendo estos días es tan complicado y estimulante como profundamente confuso y esperanzador. Aunque probablemente no a partes iguales.

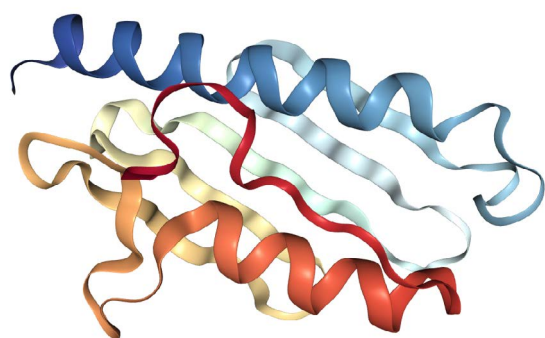
En términos generales, estamos siendo más conscientes que nunca de la radicalidad de la realidad. Radicalidad en sentido etimológico, el volver a la raíz, esto es, al ser –vivo– social que habitualmente está desdibujado en nuestros frenéticos días –¡Qué lejos quedan ya!–. Me da la sensación de que la hiperconexión de la que hacemos gala era, en cierto modo, un signifiante vacío hasta hace poco más de un par de semanas. Me refiero a que el confinamiento nos ha hecho tomar conciencia de esa condición de animal social (como las hormigas o los elefantes) que habíamos olvidado o, incluso, que no habíamos aprendido. De repente hemos (re)descubierto que nuestra sociedad, o mejor dicho las personas que formamos nuestra sociedad, palpitan al unísono, con tiempos, miedos, emociones e inseguridades compartidas.

Nos estamos reencontrando. Baste mirar por la ventana –real o simbólicamente– para comprender esa idea de comunidad, de pertenencia al grupo. Y, aunque a muchos le pese, sin necesidad de un trapo con colores ni cualquier otro símbolo patrio. Tan sólo necesitamos unos aplausos durante dos o tres minutos.

Para mí, esta toma de conciencia de grupo es parte del aprendizaje no sólo individual, sino colectivo, político (de polis) y democrático. Es posible que este sea una de las enseñanzas de las que nos hablaban Susana Gisbert o Fani Grande estos días. Estamos aprendiendo a reconocer y disfrutar de ese palpar compartido que deseo sea el empaste de la sociedad que ha de salir de esta situación. No creo que sea muy diferente en sus estructuras, pero es muy probable que cambie en sus niveles superficiales e intermedios. En esta sociedad resultante, espero que la ola económica no se nos lleve por delante como ocurrió en 2008. Digo yo que algo habremos aprendido de aquello. Sí, pero en esta ocasión el escenario es diferente. El debate político sobre dónde poner el acento de la recuperación y qué costes asumir –eufemismo de qué sectores sociales dejar caer–, estará muy tensionado por la extrema derecha, que “sumará” a este ya de por sí difícil debate, la deslegitimación del sistema. Porque quienes quieren socavar la democracia, que los hay, ya han comenzado. El ensordecedor ruido que inunda las redes, los whatsapp y algunos medios tiene un único objetivo: desarmar la sociedad respetuosa, inclusiva y tolerante que tenemos. Porque la tenemos. Muy mejorable, seguro, pero nuestros niveles de libertades individuales y colectivas y de garantías sociales ya las quisiera yo para muchos países. En estos términos, el relativismo cultural lo regalo a quien lo quiera.

Y ante esto debemos estar muy alerta. Especialmente cuando nuestras vidas vuelvan a coger ritmo y el sentir de la crisis económica inunde nuestra realidad. En ese momento será cuando debemos hacer el esfuerzo de recordar este palpar colectivo, este sentir de una sociedad que se encuentra y se reconoce en la convivencia social, la diversidad y la igualdad. En la democracia y en su elevada presencia de valores posmaterialistas.

Hoy, como cada día desde hace 28 días, saldré a aplaudir al personal sanitario –mi madre entre ellas, enfermera de las de antes–, a mirar a mis vecinos y vecinas a la cara, a pensar en quienes no pueden aplaudir, pero lo harán, y a registrar todas las extraordinarias emociones que estamos viviendo y que, de extraordinarias, serán fundamentales para nuestro futuro.



De H.M. Berman, J. Westbrook, Z. Feng, G. Gilliland, T.N. Bhat, H. Weissig, I.N. Shindyalov, P.E. Bourne.
(2000) The Protein Data Bank Nucleic Acids Research, 28: 235-242. - <http://www.rcsb.org/3d-view/1ERK/1>, CC BY-SA 4.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=73726923>

Yo, croqueta

9 abril, 2020

Belén Hueso

Bloguera, colaboradora en La Vanguardia CV

Ha escrito “Los Músculos de la sonrisa”

“Si en algún momento tropiezan con alguna historia o con alguna de las criaturas que pueblan mis libros, créanselas porque me las he inventado.”

Ana María Matute

En estos días de confinamiento, estoy aprovechando para hacer un curso de escritura creativa: técnicas y consejos para mejorar en la escritura, o para quienes quieren iniciarse en este mundo, pero necesitan un empujón. Una de las primeras cosas que se dice, es que solemos escribir como ejercicio terapéutico; para contar ideas, o qué nos gustaría cambiar, para hacernos preguntas y encontrar respuestas, o para vaciar de nuestra cabeza aquello que nos preocupa. Y aprovechando que tengo activadas las neuronas que trabajan para que pueda escribir, estaba dándole vueltas... Antes, en Semana Santa, por eso de no poder comer carne, mi abuela hacía croquetas de bacalao; a mí me encantaban, no esperaba a que se enfriaran, tal cual las sacaba de la sartén... Le salían finas y alargadas, con ese sabor mezcla de patata, bacalao y perejil. Ella no le daba demasiada importancia a su preparación: Primero hay que dejar el bacalao y la patata 48 horas a remojo antes de cocerlos, luego se baten la patata, el bacalao desmigado, un par de yemas de huevo y un puñadito de piñones; y, por último, se hacen las formas de las croquetas con esa masa, se moja en claras de huevo para que no se pegue en la sartén, se fríe y listo. Llevo toda mi vida comiéndolas, pero había un fenómeno que no lograba entender: ¿Por qué la masa, antes de que se compacte lo suficiente, no se deforma ni se desmonta?

Hay un paso que me fascina: cuando se van cogiendo puñaditos de masa y, dándoles más o menos forma, se escupen al aceite hirviendo, encargándose de respetar la forma. Pues en ese punto siento yo mi cuerpo. No cómo lo veo cuando me pongo frente al espejo, si no cómo lo siento yo (propiocepción). Tirada en la silla, sin nada firme que me dé forma, con peligro de espachurramiento: sin esa consistencia que lo hace firme y que no se deshaga. Mi cuerpo tiene músculos, huesos, tendones, venas y muchos tejidos unidos que lo hacen uno, sí, como todos; pero falta orden en la cocina (llamémosle frataxina) para que no desaparezca la receta (neuronas), porque sino los ingredientes de la masa no estarán en su justa medida (nervios débiles) y el pellizco de masa se desmenuzará al echarlo a la sartén (podemos llamarlo cadera que se va de lado, pierna que quieres lanzar pero no se mueve o mano que vuelca un vaso de agua). Nos quedaremos sin croquetas (llamémosle Ataxia de Friedreich) y tendremos que improvisar algo rápido (rehabilitación, prestación por dependencia, medicación, preocupación, revisiones médicas...). Ya ves tú, todo lo que nos ahorraríamos si nos dejásemos de improvisaciones, invertimos en ciencia y encontramos una cura. Así que, como durante este confinamiento tengo que improvisar algo rápido, mucha de la energía que estoy invirtiendo es en trabajar bien esa masa para que se mantenga compacta. Eso sí, se hace lo que se puede. Termino ya el post y sigo sin entender bien cómo, una simple croqueta de bacalao, es capaz de no deformarse, y mi cuerpo sí. Debe ser porque el cerebro humano es tremendamente complejo y sensible, con una maraña de cables, conexiones e interruptores. Por el momento, me voy a ir a la cocina, a ver si logro encontrar la complejidad de la croqueta...



Lo que aprendí en mitad del caos

11 abril, 2020

Ami Bondia

Doctora en comunicación, formadora y conferenciante

Jefa de prensa de Alejandro Sanz

“Vengo de la escuela de los que persiguen sueños y los cumplen”

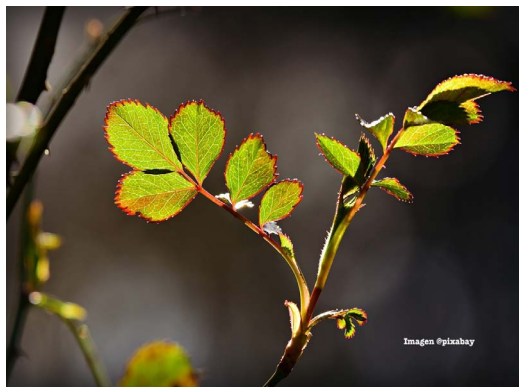
El ser humano tiene la capacidad de hacerse grande ante la adversidad. Porque es en ella donde nacen los talentos ocultos, se despierta la solidaridad dormida o lo imposible se hace realidad. Parece que es necesario llevarnos al límite para hacer florecer todo lo bueno que llevamos dentro. Gran parte de las obras de arte más relevantes así como los mayores avances científicos y tecnológicos nacen del dolor y la incomodidad. Un ejemplo es Isaac Newton. En 1665 y con motivo de la Peste Negra, el joven físico estuvo confinado durante dos años en su pueblo (Woolsthorpe, Reino Unido) y de ahí nació su famosa “Ley de la Gravedad” que sentaría las bases de la ciencia moderna. Esta crisis nos está dando la oportunidad de conocernos mejor. De descubrir nuestras debilidades y fortalezas como personas y como sociedad. A nivel individual, está cuarentena nos enfrenta con nuestros fantasmas más profundos. Nos hace mirar a los ojos al miedo. Sin excusas ni dilaciones. También nos hace convivir como parejas, como familias y no como compañeros de piso. En estas circunstancias sólo pueden pasar dos cosas. O la balanza se decanta por el AMOR o por su opuesto. No hay término medio. Pero al final, deja a flote las verdades.

A nivel social, el suelo tiembla bajo nuestros pies poniendo en jaque los pilares que creímos indestructibles. Nada es lo que parece. El frágil es el héroe porque ahora salva vidas y el fuerte es quien necesita cuidados intensivos. Las fronteras entre estamentos se diluyen y descubrimos que sólo la solidaridad y la empatía nos sacarán del desastre.

Y mientras la humanidad pelea contra un villano insípido, incoloro e inoloro, el planeta tierra respira en paz. La capa de ozono sana sus heridas, las aguas vuelven a ser transparentes y los animales viven en libertad.

Por todo esto, nada debería ser como antes.

Volvamos a nuestras raíces, hagamos un uso responsable de los avances y la tecnología y aprendamos a vivir en unidad. Y si además, seguimos los pasos de Newton es posible que hasta seamos capaces de transformar el reto en oportunidad. Mientras, salgamos cada tarde a las 20h a aplaudir a nuestros balcones pero sin olvidar que cada día es un regalo. Y compartirlo con quien queremos, sea de forma virtual o real, es la clave de la felicidad más allá de dónde estemos. Para mí esa es la mejor lección que me llevo de todo esto. ¿Cuál es la tuya?



Cuatro microhistorias de confinamiento

12 abril, 2020

Pilar Almenar

Periodista y licenciada en Ciencias Ambientales.

Imparte talleres sobre 'fake news y colabora en Al Ras, la radio de À Punt.

Proyecto "Impresas"*

1.- Confinada, ¿reclusa?

Entré aquí el 12 de marzo. Soy periodista, comunicarme no suele ser para mí un problema... pero estas semanas me ha costado mucho estar otra vez comunicativa. ¿Cómo dejar salir los pensamientos (y cuáles) cuando tu cerebro parece el atasco de una autopista en operación salida? Desde que empezó todo esto no hay día que no piense en nuestras compañeras redactoras del Proyecto Impresas, la revista escrita por mujeres en la prisión de Picassent en la que trabajamos desde hace dos años. Me acuerdo de ellas en ese momento en que necesito caminar... y no puedo. O cuando necesitaría profundamente un abrazo de mi madre... que no me puede dar. Cuando el único trozo de cielo que veo tiene un vidrio de por medio. O cuando me embeleso envidiando a las tórtolas y pensando: "quién fuera pájaro ahora"... ¿Has sentido esa impotencia? ¿Has tenido días de enfadarte o llorar porque sí o de reír por tonterías? ¿De necesitar abstraerte del ruido mediático y los hombres con uniforme militar? Sí, yo también. Pero tú y yo estamos confinadas, no reclusas.

Me acuerdo cuando elijo qué peli veré esta noche en mi televisión conectada a internet (internet en prisión es utopía y a veces hasta tener televisión lo es). Me lo recuerda que tengo un teléfono y un ordenador disponibles para llamar a quien quiera y absolutamente cuando quiera (ellas, una cabina telefónica, 80 minutos semanales, números restringidos y llamadas en horario limitado). Recuerdo que no soy reclusa cuando abro la nevera y elijo qué cocino y qué como (en prisiones, otro sueño, porque comen un menú cerrado). O cuando repaso la estantería con mis vinilos y mis libros favoritos... O cuando me acuesto por las noches en mi cama de matrimonio (mientras ellas duermen en una litera). Sé que no estoy reclusa cuando siento la tranquilidad de pensar que aquí fuera, si enfermo, podré ir a un hospital (la asistencia sanitaria en prisiones es tremendamente limitada como denuncia la Coordinadora de Organizaciones del Entorno Penitenciario de la Comunitat Valenciana). E incluso lo recuerdo cuando caigo en la cuenta de que soy libre, también, de desobedecer el confinamiento cuando quiera (aunque no lo haré). En el fondo, nada tiene que ver mi confinamiento con el suyo, aunque este me acerque a entender qué significa vivir privada de libertades. Y aunque estar confinada sea difícil, por nuestras abismales diferencias, necesitare respirar muy hondo de nuevo cuando vuelva a leer que "en las prisiones se vive muy bien".

2.- Recalculando el valor de las palabras

Hacía tiempo que no me fijaba en el delicado valor de las palabras. En cómo inquieta la palabra "pandemia". En cómo vibra y cómo silba la palabra "respirar"... O en cómo de redonda y de cálida es la palabra "abrazar", como su resultado. Seguramente la A sea la primera letra que decimos en nuestra vida, incluso cuando no sabemos que

existe el abecedario. Me resulta muy curioso recalcular en estos días el peso y el poder de las palabras. La manera en que el habitualmente liviano “¿cómo estás?”, se ha convertido casi en un fonendoscopio verbal que (ahora) pregunta por las constantes vitales. Y que ese “yo, bien, gracias”, devuelve al interlocutor una temperatura por debajo de 37 grados y la ausencia de tos. O quizá escuchar ese “hasta luego”, con su ‘luego’ suspendido en el aire, haciendo eco, porque aún no sabemos cómo de lejos queda. Es por eso que me molesta especialmente oír a los políticos y los medios hablar de “combatir”, “guerra” o “héroe”, porque si enfermo, no necesito la guerra: lo que quiero son “cuidados”, “escucha”, “respeto” y “comprensión”. A lo mejor es que hemos descubierto que lo que importa es el valor de la vida y no las heroicidades plásticas.

3.- Empatía 3000

Bienvenida al manual de instrucciones de Empatía 3000, la máquina en la que se acaba de convertir. Sepa que en las próximas semanas experimentará un nuevo abanico de apegos que jamás habría imaginado. Empatía 3000 garantiza un acabado profesional en los aplausos sanitarios de las ocho de la tarde; en las lágrimas al leer la historia de un iaio que sale de la UCI; en el orgullo de clase al ver a su barrendero vaciar las papeleras; en el agradecimiento al saludar a la cajera del supermercado o en la cólera de ver a los ‘riders’ llevar hamburguesas a cualquier hora del día y sin que sus empresas les den protección ni seguro.

Si tiene instalada la extensión Siglo XXI comprobará además el desarrollo de Empatía hacia colectivos desprotegidos y en riesgo de exclusión, personas con diversidad funcional e incluso con su vecina de tercero, aquella que no solía soportar.

Pero AVISO IMPORTANTE: su nueva Empatía 3000 es una versión experimental surgida en periodo de confinamiento. Nuestro servicio técnico le advierte de que, probablemente, al terminar el Estado de Alarma, cuando salga al mercado laboral, se le bloquee la nueva Empatía 3000 y entre en modo “Sálvese quien pueda”. Para evitarlo, es crucial que active la función “Retener mis empatías” y asegúrese por favor de que sus coetáneos también lo hagan: corre el riesgo de que, si fallan todas las nuevas Empatías 3000, tampoco nadie ya empatices con usted.

4.- La no presencia

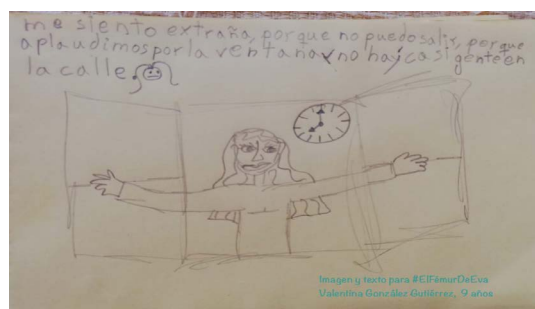
Era un brote vivo de rosal. Bien vivo, con sus yemas rojas. La ramita, espinosa y con raíces, estaba dentro de una anodina bolsa de plástico. Se intercambiaron clandestinamente este regalo estirando el brazo lo máximo que pudieron, como dos átomos que se repelen hasta la repugnancia. Por supuesto, sin tocarse, lo justo para que el otro alcanzase la bolsa con los dedos enfundados en guantes de látex. Intercambiaron unas palabras fugaces y a distancia. Un “¿cómo estás?”, un “¿quieres guantes?” y concluyeron con un grave “cuídate mucho” que estampó sus miradas perdidas en la acera antes de darse la vuelta y volver ambos a casa. Era de noche y aquel regalo había sido un faro, la mejor excusa para verse. Los minutos que siguieron, al menos por parte de ella, llegaron con una bola en la garganta y unas terribles ganas de llorar. Hacía casi un mes que no estaba tan cerca de alguien a quien quisiera tanto. Era su padre y no sabía cuándo volvería a verle (ni si seguiría sano para entonces).

Mientras subía las escaleras, tragó saliva. Cerró la puerta con llave y se confinó de nuevo en su soledad obligatoria, en ese espacio sin más seres animados que su propio cuerpo. No necesitaba vivir con alguien los 365

obligatoria, en ese espacio sin más seres animados que su propio cuerpo. No necesitaba vivir con alguien los 365 días del año, no deseaba renunciar a su vida, ni a su independencia, ni a su espacio. Pero acababa de comprobar el daño profundo que hace la perpetua no-presencia. Definió el vacío a su alrededor llenándolo de posibles seres respirando cerca. Imaginó de repente a sus compañeras charlando en el balcón, a su madre sonriendo de pie con unos tápers en la cocina, a sus amigos sentados alrededor de la mesa, descorchando vino, a la bebé de una amiga pintando una cartulina, tumbada en el suelo... Y sin siquiera parpadear se desvanecieron todos de repente. Sumergida de nuevo en ese silencio, la garganta ya dolía. Nadie iba a abrazarla. Para distraer el llanto, abrió Instagram: “El confinamiento es un buen momento para conocerse a una misma”, publicaban alegremente los predicadores digitales. Y el llanto vino.

Al día siguiente plantaría ese rosál.

Y sobreviviría.



¿Cómo te sientes con todo esto del coronavirus?

14 abril, 2020

Pau, Emma, Cristina, Voro, Valentina, Martina y Dani

Esta crisis del coronavirus está haciendo que yo me sienta un poco asustada, porque no paro de pensar ¿Qué pasaría si tuviera el coronavirus?

La verdad es que yo me entretengo muy fácilmente, pero hay muchas veces que estoy muy aburrida, pero otras veces me lo paso genial, me río, me divierto, pero nunca con mis amigos, que eso es otra, no podemos estar con los amigos por culpa del coronavirus.

La verdad es que como no utilizamos los transportes que contaminan, se ven mucho más las estrellas pero la verdad es que estoy aprendiendo cosas con libros, los de clase casi siempre, o incluso hacemos cosas con internet y aprendemos cosas de ahí.”

Hecho por Pau Mata Barriga, 10 años.

La veritat és que aquests dies m'ho estic passant millor del que esperava, estic aprenent més coses i descobrint noves.

La primera setmana era com de vacances per les “no falles”, i a partir de la setmana següent em vaig fer un horari amb distintes activitats per fer al dia. Per exemple, els dilluns experiments, els dimecres una creació artística, els divendres joc en família, etc. Però una de les coses que abans no feia i ara m'agrada fer és la vídeo trucada amb els amics i amigues de l'escola.

I com tenim més temps, estic col•laborant en les tasques domèstiques. En la que millor m'ho passe és cuinant. Ja duc tres coques!!!”

Emma Ballester Alonso, 10 anys

Covid-19

Me llamo Cristina. Tengo 12 años. Ahora estamos viviendo en España y en el resto del mundo una gran crisis. Voy a explicarme: todo comenzó en China y luego se expandió a todo el mundo. Estoy hablando del Covid-19. Todo pasó súper rápido y de repente, me encuentro encerrada en mi casa, sin poder a penas salir de aquí.

El 12 de marzo fue el cumpleaños de mi padre. Lo celebramos juntos y el 14 decretaron el estado de alarma. A partir de ese día comenzó nuestra cuarentena.

En mi caso, mis padres están divorciados. La cuarentena la comencé con mi madre, pero hace uno días me vine con mi padre dos semanas. La verdad, no me puedo quejar, pero hay cosas en las que se nota mucho la diferencia. Por ejemplo, me doy cuenta sobre todo, en cuanto a que echo muchísimo de menos a mis amigos y a mi familia, y en que no puedo abrazar a dos de mis mejores amigas. Por lo demás, me siento muy afortunada de tener todo lo que tengo y la verdad, no somos ricos, pero no me hace falta nada más, porque con mi familia, siento que lo tengo todo”.

Cristina Chaquiriand García

Sentiments del tancament

Des que estem tancats, jo he sentit tristor per les persones que han mort, em preocupa les que treballen als hospitals, a la farmàcia, perquè es poden contagiar fàcilment, i també perquè no podem eixir de casa.

Trobe molt a faltar els iaïos i els amics i jugar al balonmano. Però també alegria per tots els que ja s’han curat i orgull per l’esforç que estem fent tots. M’alegre pel temps que estem junts en família, jugant a la Wii, als escacs i cuinant coses boníssimes.

La por també forma part de tot açò, a vegades em pregunte: I si es fica malalt algú de la família? O algun amic o amiga?... I si la gent que viu al carrer no té on anar?... A voltes em fa mal la panxa i tinc ganes de plorar, però no sé explicar-ho. Però després d’una estona, respire i sé que la por desapareixerà. TOT PASSARÀ”.

Voro Simeón Cañada, 10 anys.

Hola, soy Dani. El coronavirus para muchos de vosotros será malo, pero el covid-19 no es ni bueno ni malo, el covid-19 es un virus, no tiene alma ni pensamientos. No puede decidir ser bueno o malo. El covid-19 o también conocido como coronavirus, no nos deja ver a los amigos y a bastante gente que queremos, a mí por lo menos me fastidia y le echo la culpa, pero sigo pensando que no es malo.”

Daniel Chaquiriand García, 8 años

La veritat és que, després d’un mes tancats a casa estic començant a sentir-me una mica avorrida. M’agradaria disposar d’un “xiquican” com Empar per poder eixir a jugar i veure els meus amics, però he de conformar-me amb veure’ls per Skype. Parlem molt, juguem online i ens expliquem com portem la quarantena.

Estic aprofitant aquesta situació per estar més temps amb la meva família i jugar amb ells. Pensava que era bona jugant al parxís però m'estan donant cada pallissa, al Monopoly sí que no em guanya ningú;)

Això sí, del que més estic gaudint és del meu taller de polseres. He après a fer sis tipus de polseres i quan faig videocridades amb la família, em fan comandes. Ara mateix ja estic ocupada per a un mes”.

Martina Soria Mora, 11 anys

¿Qué hace Media Vaca en estos días?

16 abril, 2020

Begoña Lobo Abascal

Editora en Editorial Media Vaca

Premio a la Mejor Labor Editorial en 2018 “por el cuidado exquisito del catálogo, la calidad de sus libros, el respeto a los lectores y al resto de agentes de la cadena del libro”.)

Media Vaca son Begoña Lobo Abascal y Vicente Ferrer Azcoiti



Me invita Fani a asomarme al Fémur y contar qué hacemos en Media Vaca en estos días. Con la suerte enorme de no tener enfermos entre los familiares directos, con mis hermanas cuidando de mi padre en Madrid, con médicos en la familia que nos transmiten el horror que ven cada día, que les pasará factura y que nosotros apenas imaginamos. Con la conciencia de ser privilegiados en una casa grande y cómoda en la que seguir trabajando. ¡Porque siempre trabajamos en casa! Hago memoria. El primer aviso de que esto iba en serio lo recibimos el 24 de febrero en Bilbao. La Euskal Irudigileak nos invitó a formar parte del jurado de la exposición “Basque. Illustrazione Contemporanea nei Paesi Baschi”. La exposición debía presentarse en la Feria del Libro de Bolonia -la más importante del mundo para libros infantiles- e itinerar posteriormente en otras Ferias del Libro. Estábamos terminando el acta cuando recibimos la confirmación de Elena Pasoli, Gerente de Exposiciones de Bolonia, de que la feria -que empezaba el 30 de marzo- se posponía al 4 de mayo. No entendimos lo que significaba. No imaginamos lo que se venía encima.

Los mensajes de los días siguientes, de vuelta en Valencia, el 27 y 28 de febrero, son para registrarnos en la Feria de Guadalajara y en la Feria de Frankfurt, en noviembre. Ese mismo día 28 recibimos un mensaje desde Taiwan: teníamos pendiente la firma de los contratos de edición en chino de los e-books de la colección Libros para mañana. En su mensaje nos decían que, teniendo en cuenta la epidemia de coronavirus, nos rogaban que aceptáramos la firma de los contratos y addendas como pdfs escaneados. Les contestamos que sí. Sin saber lo que significaba. El 2 de marzo estábamos preparándonos para viajar a Elda el 5 y el 6 de marzo donde se presentaban la exposición de fotografías y el libro Alicante 1939: la guerra ha terminado, con Juan Fernando López Aguilar, ex Ministro de Justicia, Carmen Negrín, nieta del Presidente de la República, y con el presidente de la FVMP y Alcalde de Elda, Ruben Alfaro. Y escribíamos a México a las hijas de Manuel Tagüeña y Carmen Parga, exiliados republicanos, para avisar del envío de ejemplares de ese mismo libro, en el que aparece un texto de la obra de su padre Testimonio de dos guerras.

El 4 de marzo desde Argentina Laura nos remitía la nueva razón social de su empresa, Libros para ver mundos, para la factura del pedido de libros de Media Vaca que iban a salir en barco hacia Buenos Aires. El día 5 completaba la documentación para ADTP correos: esperábamos la llegada de una caja de libros de la edición turca de Crímenes Ejemplares, de Max Aub. El 9 de marzo nos escribía Fukuinkan, editores japoneses de la colección El mapa de mi cuerpo para decir que por el COVID-19 cancelaban su presencia en la Feria de Bolonia pospuesta a mayo. Desde Francia los editores franceses de nuestros Libros para mañana nos pedían información escrita para la campaña de promoción. Y llegó. El primer mensaje llegó de Italia. Fue Mariana Chiesa, autora de No hay tiempo para jugar. “Saludos desde zona roja en el peor de los sentidos.” Vive en Bolonia, en las afueras. “Acá un estado de excepción que se parece mucho a un estado de sitio, y todo x un virus. aún no me lo creo... es más x momentos no me creo nada nada...”

El 12 de marzo cancelaron definitivamente las ferias de Bolonia y Londres; el Festival de la Palabra de Alcalá de Henares con la entrega del Premio Cervantes y nuestra exposición Brindis al sol se posponen a octubre; la Feria del Libro de Madrid pasa a octubre también.

Paco Cálamo, amigo librero de Zaragoza, escribe: “Las indicaciones de las autoridades sanitarias son claras y tajantes: hay que quedarse en casa, hay que disminuir el tráfico de personas y mercancías. Se impone la calma, disminuir la ansiosa velocidad que parece dominar nuestras vidas. ¿Tanto te urge leer la última novedad del sempiterno candidato al Nobel? ¿Tienes que adquirir precisamente ahora el libro que hace meses decías que querías o necesitabas leer? ¿De verdad que no tienes lectura suficiente en casa?”

La semana del 13 al 20 de marzo la pasamos en casa, con paracetamol, con fiebre y molestias varias y sin muchas ganas de nada. Todo el trabajo hacia fuera desapareció.

Y a partir del 21 abrimos de nuevo el ordenador. Entonces descubrimos los otros mensajes: amigos desde todas partes. Sevilla, Oaxaca, Tokio, Brno, Miami, Taiwan, Betanzos, Caracas, Buenos Aires, La Habana, New York, Guadalajara. “Escribo solo para saber cómo estáis en estos días tan complicados para todos. Ayer vi ese RESISTIR ES VENCER vuestro y de don Juan Negrín; últimamente os prodigáis menos.” “Do your best not to lose to Corona!” “El curso se ha suspendido hasta el 30, espero que no más. Yo otra vez estoy con fiebre, espero mañana de estar mejor que ya llevo bastante tiempo así.” “Me alegro mucho que estáis todo bien! Estoy muy ocupada cuando ver las noticias. Es muy cariñoso y agradecida de aplaudir por la gente están trabajando en el hospital y la gente quien está luchando con el enfermos, eso es más ámina y más esperanza! Espero mucho con mi corazón que todo será mejor pronto.” “Para mí, personalmente, es difícil salir fuera, ya que odio llevar la máscara, básicamente me muevo sobre todo en nuestro jardín o vamos a nuestros bosques para trabajar allí, allí puedo hacer lo que quiera, todavía.

También dejé de leer las noticias para disminuir una especie de depresión. Tengo problemas para entender un poco las medidas, porque tenemos epidemias similares que se repiten todos los años aquí, y la gente se siente como hace 30 años cuando el movimiento y las interacciones sociales también se restringieron durante el comunismo.” “El miedo lo dejé lejos.” “Sí, estamos bien, siempre haciendo algo. En realidad estoy acostumbrado a pasar meses sin salir de casa.” “Recuerda que esto es darwinismo puro: el que resiste, se salva.” “En cualquier momento saldrá un doctor que diga que, si te creman, el virus se muere.” “No es que me dé por vencido, pero, como todos, y en homenaje a la redundancia, deberé sostener pacientemente la paciencia.” “Nos cuidamos, no salimos y tratamos de administrar la sobredosis de información a fin de no sucumbir a golpes de estadística y

charlatanería. Por cierto que ambos estamos en la llamada franja de riesgo, pero no ha sido por propia voluntad, negligencia ni omnipotencia sino por el mero paso del tiempo. Gracias una vez más, queridísimos, y ojalá tengamos la resistencia necesaria como para pasar de las ensoñaciones a los hechos, o sea a encontrarnos en un futuro posible.”

Volvemos a trabajar. Como siempre. Desde casa. Con esa energía extra de los afectos. Tenemos trabajo pendiente, de ese que la urgencia del día a día no te deja terminar. Vicente maqueta de nuevo El Señor Korbes y otros cuentos de los hermanos Grimm. Yo envío la documentación para la declaración trimestral a la gestoría que teletrabaja. Salimos a las ocho y saludamos a los vecinos. Hoy a las 13:00 hemos compartido un ‘vermut virtual’ con la Associació d’Il·lustradors de Tarragona, y hemos hablado sobre ilustración y sobre libros.

El aire está más limpio. Pero Virginia me ha dicho que Alberto ha fallecido hoy. Y esa apariencia de nueva normalidad se quiebra de repente y nos lleva, de nuevo, a la realidad. Hoy 7 de abril es el día Internacional de la Salud y la Sanidad. La Sanidad Pública no se vende, la Sanidad Pública se defiende. Que no se nos olvide cuando esto termine.



¿Cómo comunicar en tiempos de crisis?

18 abril, 2020

Laura Bellver

Periodista freelance especializada en #igualdad + #innovación
Proyecto 'Impresas', #NoVisillo

Esta pregunta me asaltó pocos días después de decretarse el estado de alarma, cuando fui capaz de asimilar mínimamente el nuevo escenario. Empezó como una duda profesional, ya que soy responsable de la comunicación de diferentes entidades. Pero no tardó en convertirse, además, en un dilema personal con motivo de mis perfiles en redes sociales y de mi red de contactos tal cual. Los interrogantes eran compartidos para todas las facetas y se sucedían sin tregua. Por ejemplo, ¿qué imagen se debe proyectar durante esta temporada? ¿Resulta pretencioso transmitir que se mantiene el trabajo? ¿Decir que gran parte de la faena se ha suspendido es caer en el victimismo? ¿Hasta qué punto se alimenta el malestar colectivo si se comparten preocupaciones? Etcétera.

A todo ello se suma ese síndrome de la impostora que, aunque suelo mantener a raya desde hace algún tiempo, siempre sale a la superficie cuando también flota alguna partícula de inseguridad, por muy pequeña que sea. “¿Quién eres tú para...?”, me espeta una voz que se despereza en mi interior tras el letargo al que la tengo sometida. Reconozco que hubo un momento inicial en el que sentí miedo por si ofrecía un mal asesoramiento, si emitía un comunicado inoportuno, si hacía una propuesta descabellada o insulsa... No obstante, lo reconocí enseguida: era el mismo pavor que ha llamado a mi puerta cuando he salido de la llamada zona de confort en otras ocasiones. “Yo te conozco, bacalao”, le respondí cantando.

Al igual que antes de saltar hacia el emprendimiento, realicé un análisis DAFO (debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades) de mí misma y del panorama que ahora me envuelve. Recuerdo que descubrí esta

herramienta de estudio con la asignatura de Economía y Organización de Empresas en 2º de Bachillerato. ¡Entonces no imaginaba la de aplicaciones que le daría a lo largo de los años! La cuestión es que – yo sola me desví y me reconduzco, no os preocupéis – este ejercicio derivó en una serie de reflexiones que estoy aplicando a la hora de comunicar:

- Las circunstancias son difíciles y extraordinarias, pero eso no implica esconderse o pasar a la inactividad.
- Se confirma que la transparencia es un valor imprescindible.
- Hay que contrastar, recontrastar y requetecontrastar los datos antes de difundirlos.
- Una forma de sumar es reconocer buenas prácticas o iniciativas, tanto propias como ajenas.
- Es necesario implicar al equipo (todas las áreas) más que nunca.
- Cuando la realidad es compleja, mejor simplificar los mensajes para garantizar su comprensión.
- Es momento de apostar en firme por el periodismo de soluciones, que no consiste en noticias optimistas, sino en información que aporta ideas y soluciones.
- Y de escuchar. Mucho. ¡Bidireccionalidad al poder!
- No se debe abandonar la planificación, a pesar de que habrá que improvisar con frecuencia.
- Mostrar el lado humano de una organización no debilita, sino justo al contrario.

Seguramente, no os he descubierto nada nuevo. Tampoco pretendía dar una clase magistral. Lo cierto es que esta colaboración en El fémur de Eva – ¡gracias por tu invitación, Fani! – me ha servido para ordenar el pensamiento y materializar un decálogo que funcionaba desde mi subconsciente, que he validado en esta crisis y que pienso seguir utilizando cuando salgamos de ella.



Abierto por estado de alarma

19 abril, 2020

Clara Castelló

Periodista. Licenciada en Filología Anglogermánica

Cada día en #Lesnoticiesdelmati (08:00 a 11:00 am) en @apun_tmedia

Nadie nos imaginábamos hace unos meses, cuando brindábamos por el 2020, que este año capicúa y bisiesto nos traería una situación tan excepcional como la que estamos viviendo. Un estado (de alarma) que nos hace sentir protagonistas de películas de ciencia ficción como Guerra mundial Z de Marc Foster, Virus de Kim Sung-soo o Contagio de Steven Soderbergh.

Pero en realidad nos encontramos ante la primera epidemia global en más de 100 años. Una enfermedad desconocida que ha provocado cierto temor colectivo entre la población difícil de gestionar. Un miedo que va en aumento a medida que pasan los días por la incertidumbre que nos suscita no saber ni cuándo, ni cómo terminará.

Es en este tiempo de inseguridad, de dudas, de interrogantes que urgen una respuesta, cuando los medios de comunicación juegan un papel fundamental. Son la mejor vacuna, la mejor medicina, contra la desinformación, las mentiras y los movimientos interesados que surgen con la intención de desestabilizar.

El miedo es una emoción lógica, normal, que se activa cuando una persona intuye que le pueden causar daño físico o psicológico y percibe esa sensación como una amenaza para su existencia o para su integridad física. Pero ese sentimiento de creer que no disponemos de los recursos necesarios para hacer frente a esa amenaza es tan subjetivo como el temor en sí mismo. Demasiada información o una información alarmista hace que la pandemia del terror se extienda y que las personas nos volvamos vulnerables y, por lo tanto, fácilmente manipulables.

Después del colectivo de los sanitarios, que están haciendo esfuerzos titánicos para combatir esta pandemia, de las fuerzas de seguridad y de los profesionales que trabajan en primera línea para que nuestras necesidades básicas estén cubiertas, se encuentran los periodistas. Comunicar de una manera veraz, precisa, contrastada, sin alarmismos es fundamental para que la sociedad actúe de una manera racional. De lo contrario, esta se acostumbra a que le digan lo que tiene que hacer, lo que tiene que pensar, lo que tiene que sentir. Incluso, a que busquen por ella la seguridad que ha perdido. Los periodistas nunca han sido tan necesarios como ahora. En un momento en que la ciudadanía no solo tiene el derecho, sino también la urgencia de estar bien informada, los medios de comunicación han de demostrar que saben reaccionar, que saben dar respuesta a este desafío. Son un servicio público de primera necesidad y tienen el deber de garantizar a la ciudadanía el derecho a estar (bien) informada. Tienen la obligación de revelar la verdad.

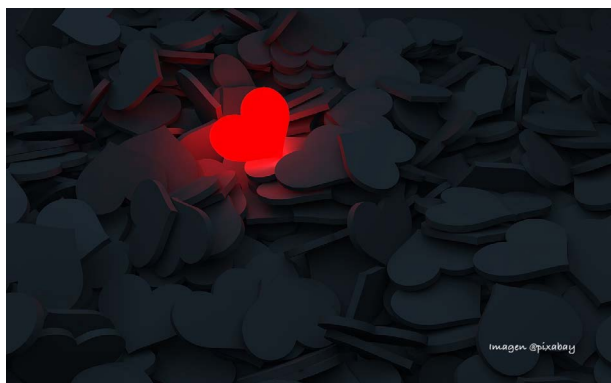
Por eso la sociedad tiene ahora la oportunidad de saber discernir entre la prensa ética y la sensacionalista. La primera vela por el exceso de información y evita las voces que hace prevalecer precisamente el segundo tipo de prensa: la de aquellos ‘profesionales’ que quieren extender otra pandemia: la del miedo, la de las falacias. La exigencia ahora para los medios de comunicación es máxima. Deben informar de manera responsable, garante, contrastando las noticias para que la sociedad se dé cuenta de la importancia de consultar siempre los canales oficiales y de que no debe fiarse de todo lo que les llega a través de las redes sociales. Nos encontramos ante un reto nuevo y desconocido para todos que nos ha sobrepasado. Pero los medios de comunicación han sabido reaccionar históricamente a los mayores desafíos que se le han planteado. Cuando más complicada ha sido la situación, mayor ha sido la capacidad de reacción de los profesionales del periodismo. El esfuerzo y el afán siempre han sido directamente proporcionales al reto que ha tenido delante. Y este momento, no será una excepción.

El estado de alarma al que nos ha abocado la crisis sanitaria de la Covid-19 ha cambiado la manera de hacer periodismo, de conseguir las noticias, de ir detrás de la información, de entrevistar a los protagonistas. Las interacciones virtuales se han convertido en la herramienta más preciada para conectarnos con el mundo exterior y continuar haciendo nuestro trabajo. El mecanismo que nos permite continuar practicando el ejercicio del periodismo con responsabilidad, respeto y solidaridad. También el periodismo, como tantas otras profesiones, se ha tenido que reinventar y adaptar. Pero desgraciadamente esta situación no ha evitado que empeore la ya de por sí maltrecha coyuntura por la que atraviesan muchos medios de comunicación, sobretudo la prensa impresa y en línea. La hibernación de la economía ha hecho que las campañas publicitarias (el principal sustento de estos medios) hayan caído en picado y que por consiguiente una gran cantidad de empresarios de la comunicación

hayan decidido plantear Expedientes de Regulación Temporal de Empleo. ERTE en ocasiones de dimensiones descomunales.

Reducir las plantillas de las redacciones en un momento tan excepcional como el que nos encontramos se traduce en disminuir el derecho de la ciudadanía a estar debidamente informada de lo que pasa durante este estado de alarma. Los profesionales de los medios de comunicación están haciendo un esfuerzo ingente. Trabajan en situaciones complicadísimas, para informar con rigor, eficacia, seriedad y serenidad. La Covid-19 ha cambiado nuestras vidas y nuestra manera de trabajar. El confinamiento ha modificado la manera de ver y entender el que pasa a nuestro alrededor. Pero esta situación, a la que ahora no le vemos todavía el fin, terminará más pronto que tarde. Y recuperaremos las comidas familiares que no podemos celebrar, los viajes que hemos tenido que cancelar y los momentos de regocijo con nuestras amistades que ahora solo compartimos por videoconferencia.

Es urgente que aprovechemos esta crisis sanitaria, económica y social para parar y reflexionar. Debemos convertirla en una oportunidad para aprender, porque cuando termine deberemos definir el mundo en que queremos vivir. Deberemos reflexionar sobre el sistema sanitario que tenemos, sobre las normas económicas por las que nos regimos, sobre el patrón productivo en que nos asentamos pero también el modelo de medios de comunicación que deseamos.



Momentos de soledad no elegida

21 abril, 2020

Mamen Garrido

Psicóloga especialista en autoestima, asertividad
y relaciones saludables

“Nada me llena más que ver cómo puedo formar parte de la transformación de las personas, ayudar a que los demás sean cada día un poco más feliz es lo que da sentido a mi trabajo y a mi existencia.”

Un día decides que quieres vivir sola. Disfrutas de tu independencia, de entrar y salir sin dar explicaciones, de la tranquilidad con que te recibe tu casa tras una larga jornada laboral. Decides comer fuera algunos días, acostarte sin cenar otros. Hay fines de semana que no pisas la vivienda y otros en que no quieres salir de ella. Sábado. Sales a cenar, regresas y te quedas leyendo en la cama hasta tarde. Nadie se queja si no recoges la cocina, si tardas mucho en ducharte, si te dejas una luz encendida. Tomas decisiones sin parar, una tras otra a lo largo del día sin consultar, sin negociar, sin discutir.

Domingo. Vuelves de comer con la familia y nada te priva de esa siesta en el sofá mientras de fondo suena la película que has elegido para que te haga compañía. Vuelve el lunes y repites la rutina que te has creado, esa que te llena, que te gusta, esa que has decidido que sea tu vida. Te organizas, compras, cocinas, congelas. Bolsa del gimnasio, comida, el bolso, la chaqueta, las llaves del coche... Martes, miércoles, jueves. Ya es viernes, hace bueno, quedas con una amiga, una terraza, una café, una tertulia que se alarga tanto como queráis. Un paseo por el centro, tiendas, se une más gente y acabas cenando en un bar cualquiera.

Otro sábado, no hace bueno, unas pelis, unas pizzas, cena improvisada, todos a tu casa. Llega la madrugada y os pillas con algún juego de mesa y algo de beber para amenizar. Es muy tarde, ya se marchan, cierras con llave, te espera tu cama, mañana no hay que madrugar. Y así pasan los días y te sientes bien. Te gustan esos ratos para ti y esos ratos para ellos. Y entonces llega Marzo, año 2020. Y alguien decide por ti. Ya no vas a salir y entrar, ahora te quedas. Tu casa sigue siendo tranquila, demasiado tranquila. Puedes comer o no comer, cenar o no cenar pero lo harás en esa mesa de comedor que apenas habías usado. Puedes leer, hasta tarde, tantas horas como quieras, tantos libros como tengas. Puedes limpiar, ordenar, desmontar. Puedes cantar, bailar, escribir. Puedes reír o puedes llorar. Antes estabas sola, ahora empiezas a sentirte sola, ¡que conceptos tan diferentes y parecidos a la vez! Días de mucha actividad mental, toca rehacer rutinas. Esa mesa de comedor se convierte en el centro de operaciones. Vas a comer, trabajar, conectar, relacionar, sentada en la misma silla, todo con el mismo fondo. La agenda sigue, los días pasan, aunque ahora parece que todos se llamen igual. Al principio cuesta establecer horarios, cuadrar las horas, pero al cabo de dos semanas, ya sabes cuando se trabaja, qué directos quieres ver, a quien confiarás tu estado físico, a qué hora se conectan tus amigos y cuándo prefiere hablar tu padre.

El tiempo pasa y amansa esos nervios del principio, disminuyen las llamadas de la gente, vas acabando con lo que había en tu nevera. Hace ya días que decidiste que la tele no era buena compañía, todavía puedes decir cosas.

Sin darte cuenta estás de nuevo adaptada y bendiciendo cada día lo afortunada que eres. Bendices poder estar en casa, bendices tener terraza, bendices que salga el sol. Bendices tener los medios para ver y hablar con los tuyos aunque sea a través de una pantalla. Los días pasan, las semanas pesan. Celebraciones que se posponen, emociones que se transforman. Adaptar la mente no ha sido tan difícil, entender lo que sientes eso, eso es otra historia. Porque empiezas a tener sensaciones, momentos que empiezan y acaban estando contigo, solo contigo. Te siguen gustando esos ratos para ti y se hacen duros los ratos sin ellos. Escuchas canciones y sientes ganas de llorar, te envían fotos y el corazón se te encoge. Siempre supiste que la soledad es buena pero nunca imaginaste lo mucho que te enseña cuando otros la eligen por ti.



Radiografía de la (a)normalidad

24 abril, 2020

Anna Peña

Periodista especializada en redes sociales y nuevas narrativas.

Ahora, responsable de contenidos digitales en À Punt

Los abrazos. Creo que es lo que llevo peor de toda esta historia. Soy muy de abrazar. Para mí es uno de los actos comunicativos más potentes, tanto, que puedes omitir palabras sueltas o todas y que se entienda todo. Son esa ciudad refugio que dura un instante y regalas a la familia que escoges y solo a ella. Desde hace un mes y pico anoto mentalmente todos los abrazos pendientes y amenazo con repartirlos todos cuando esto pase. Sin fecha prevista. La imagen que ilustra este post fue tomada en Santiago de Chile y el lema “No volveremos a la normalidad porque la normalidad era el problema” llenó paredes durante las protestas sociales de los últimos meses. La ‘normalidad’ es un concepto que me asalta en este confinamiento imprevisto y sobrevenido. Lo normal se define como aquello “Habitual u ordinario” o “Que sirve de norma o regla” en dos de sus acepciones principales. Nuestras convenciones han saltado por los aires sin previo aviso y esto, como la acepción amplia de ‘crisis’ como sinónimo de cambio, nos debería dejar espacio para la reflexión sobre aquello que habíamos asumido como normal y puede que no lo fuera tanto.

Hace solo unos meses, estábamos con nuestros amigos o familia en una terraza o un bar, o simplemente juntos en casa comentando “uf, qué mal rollo lo de Years and Years”, la distopía (o visto lo visto no tanto) producida por la BBC. Hoy, ni terrazas ni encuentros y una realidad bastante asemejada a la ficción. Hemos interiorizado vivir con mascarilla, los salvoconductos en los controles sistemáticos, el metro y medio que puede ser un sitio cercano o un abismo con solo una mirada y la reclusión como algo ‘normal’. Pero sobretodo el miedo, lógico y hasta cierto punto razonable, que lo ocupa todo.

También las palabras. Hemos incluido en nuestro vocabulario conceptos nuevos incluso aún no forman parte de los diccionarios: pico de la curva, desescalamiento, inmunidad de grupo, confinamiento y todas las que están por venir. Todas al servicio del alud de noticias (y demasiadas no noticias) que nos asaltan al minuto. La OMS le ha puesto nombre: nuestra nueva ‘normalidad’ está condicionada por la “infodemia”: un alud de informaciones falsas que se expanden a mayor velocidad que el virus y que es mala compañera de la ‘normalidad’ del miedo. La ‘Infodemia’ como novedad y otras prácticas más tradicionales. Según denunció hace unos días Reporteros sin fronteras, el gobierno de Turkmenistán optó por eliminar el uso de la palabra “coronavirus” en los medios de comunicación estatales y documentos oficiales. Si no se nombra, no existe.

En estas semanas de pandemia se han abierto multitud de brechas que serán difíciles de suturar. Por ejemplo nuestros servicios públicos que están al límite y que llaman a una necesaria reflexión sobre la importancia de lo público. Otra de las más flagrantes es la brecha digital. Las videollamadas han sustituido a nuestros encuentros o hemos incorporado el teletrabajo como rutina (llamando a otra reflexión sobre la distribución del trabajo y su presencialidad) pero mucha gente ha quedado al margen: algunos por motivos económicos (seguimos teniendo los servicios más caros de internet de europa) y otros por sus habilidades.

Para muestra un botón. Como tantísima gente, tengo un familiar de más de 90 años en una residencia de personas mayores con la desazón añadida que conlleva en estas semanas. Mi Tía Conchin (las dos en mayúscula), tiene una ironía que me gustaría heredar y un valenciano del Camp de Túria repleto de expresiones geniales que intento apuntar a escondidas para que no se pierdan. Cuando me pilla me riñe: “sempre estás cara a la pantalleta” me espeta con bastante razón. La última vez que nos vimos le enseñé como funcionan los filtros de Instagram y nos reímos mucho. Su teléfono es de esos que no es smartphone, tiene los números grandes y le permite que “su red social” cuando llama al teléfono fijo de su casa también le suene el móvil.

Antes, cuando todo era ‘normal’ un día sin avisar me llamó para “comprobar que no se te había atascado el teléfono”. No tiene WhatsApp y tiene toda la razón. Estos días sin mensajería instantánea y con las videollamadas justas que hace con ayuda del personal de la residencia que se desvive por ellas, el teléfono es su único enlace. Mientras tanto sigue con su afición por las sopas de letras, el ganchillo y la tele mientras su ‘normalidad’ reclama las salidas a la peluquería y vernos a nosotros allí con ella. Tengo el teléfono repleto de recordatorios para que la inercia no haga que se descuelgue de nuevo.

Con la evolución de la pandemia se empieza a hablar sistemáticamente de la “nueva normalidad”. Vendrá con un manual de instrucciones y en un corto margen de tiempo; sin reflexión. Serán cambios profundos sobre cómo (y cuánto) trabajamos, cómo nos relacionamos con el resto de personas, a qué espacios accedemos y a cuáles no, cómo tenemos acceso a la cultura (que en estas semanas en casa hemos visto de su carácter esencial a través de libros, películas, música, plataformas y redes sociales) y también cómo nos movilizamos.

Y cuando ésta llegue, seguirá pendiente la reflexión. Puede que peque de ingenuidad, pero todo esto servirá de algo si salimos algo más humanos y con las prioridades reordenadas. Puede que no sea así y la nueva normalidad nos aisle un poco más de metro y medio y nuestro espacio común sea más estrecho que nunca. Nueva normalidad o nueva (a)normalidad. Dependerá de nosotros.

**#RegularizacionYa**

Una obviedad: somos iguales

26 abril, 2020

Boutaina El Hadri

Gerente Asociación Jovesolides España

Licenciada en química, diplomada estudios avanzados
en química teórica y computacional, máster en cooperación
internacional y movimientos migratorios.

Llevo veinte años en España y sin quererlo me he visto involucrada en una lucha para que mi gente en Marruecos y la gente en España, ahora también mi país, entienda que somos iguales. Nos reímos por lo mismo, lloramos por lo mismo, casi comemos lo mismo. También es muy similar la manera en la que organizamos nuestras fiestas familiares, nuestras celebraciones, las relaciones entre amigos. Llevo mucho tiempo intentando hacer entender a la gente que, aunque nos separe el Mediterráneo, aunque tengamos religiones diferentes, incluso aunque unos sean ateos y otros no, en el fondo estamos todos cortados con el mismo patrón. He tenido el lujo de convivir con personas de diferentes culturas, de diferentes continentes y puedo asegurar que también somos iguales. Todo esto puede parecer una obviedad, pero no lo es. En estos días de pandemia las desigualdades afloran, el racismo y la islamofobia también. Me cuesta muchísimo entender que ante una situación como esta, en la que estamos viviendo todos en nuestra propia piel la sensación del miedo, la incertidumbre, todavía exista gente con un discurso de odio latente. No sé por qué a la gente le cuesta tanto entender que los inmigrantes necesitan papeles, no solo para sentirse personas, sino para poder alquilar sin miedo, para poder trabajar sin miedo para poder cuidar a sus hijos. También tienen hijos, recordemos. Y sus niños quieren ir al parque, quieren tener juguetes, es que son los mismos niños, con los mismos miedos y con las mismas ilusiones.

Pero a pesar de mis esfuerzos, siento que no lo logro y mira que lo intento. Me siento impotente. Algunas personas de aquí buscan sentirse superiores. Que no somos limpios, que los autobuses de Alsa apestan, que la mujer musulmana es sumisa, que los inmigrantes viven de las ayudas, que no se adaptan, que nos roban el trabajo. Y llega un momento en que la lucha resulta cansina.

Siento que al final he fracasado. Llevo veinte años aquí y me pregunto: ¿he cambiado a alguien?, ¿alguien ha podido cambiar de forma de pensar? A veces, incluso con algunos compañeros y compañeras de trabajo. Me cuesta saber cómo piensan realmente. No sé si me hacen caso en lo que digo o simplemente porque soy la “jefa” me dan la razón, o la gente del tercer sector? o los políticos progres? o muchas de las familias españolas que me han acogido con mucha generosidad, me consta que me quieren y de verdad. Pero siempre con matices...es que tu eres diferente, es que tu has venido a estudiar, es que tu no aparentes ser del sur, es que lo decimos de broma,.. etc.

Con algunos conocidos me pasa lo mismo. A veces hay un largo silencio cuando trato algunos temas. Como la cuestión del velo, cuando hablo de la no sumisión de la mujer. La gente no me dice directamente que somos seres inferiores, pero lo veo en sus caras y es más duro, y a veces duele más el desprecio que el odio.

En estos días varios colectivos de inmigrantes hemos lanzado la campaña en redes “RegularizaciónYa” para pedir una regularización de las personas inmigrantes que hace tiempo conviven en nuestro país. Estas personas quieren trabajar con plenos derechos en actividades tan esenciales durante la pandemia como la agricultura o la sanidad.

A veces buscas apoyo de algún político, de algún famoso y no lo encuentras. Mientras, estos días sin ir más lejos, mucha gente ha buscado apoyo y todo el mundo se ha volcado. Me parece fantástico, yo me emociono con cada canción que surge. Pero siento que nadie piensa en los pobres inmigrantes. Muy pocos lo hacen. Se impone el discurso “Primero los de aquí”.

Y luego están los que te dicen a la cara que eres inferior. Durante la campaña “RegularizaciónYa” he sufrido ataque en las redes sociales que no voy a ampliar aquí. Pero se han metido incluso con mi físico. El hecho de ser una persona obesa es algo con lo que tendré que convivir toda mi vida, pero en estos días hasta los odiadores de Twitter se suman a atacarme por ello.

Siempre he sentido un vínculo muy fuerte con las persona negras. Tengo un amigo, Yuma. Él aparca coches en una zona muy concurrida de Valencia. En estos días sigo en contacto con él. Por teléfono me dice que está bien, y que no necesita ayuda, pero yo sé que no. Por eso, con algunos amigos estamos echándole un pequeño cable. Algún día, si me deja, contaré su historia. Cuando era niña y vivía en Marruecos pensaba que ellos, los negros eran los únicos que sufrían acoso y racismo. Pero no, al cruzar el charco, pude comprobar que lo de sentirse superiores también pasa de blancos a blancos. Todo me parece terrible. No sé por qué la gente se empecina en esto de sentirse superior a otro, la verdad no ayuda en nada. En los últimos veinte años nos ha tocado también a los musulmanes. Hay un odio tremendo hacia todos los musulmanes del mundo. Y de una forma muy sutil y soterrada hoy en pleno siglo XXI seguimos esclavizando a las personas musulmanas, a las personas negras, a muchos inmigrantes. No hay más que darse una vuelta por los campos de Huelva para ver en qué condiciones viven.

No obstante, no quisiera acabar esto de forma tan gris, escucho la canción de “Volveremos a brindar” y me vengo arriba, y confío que pese a todo el daño que está causando el COVID-19 igual por otro lado está derribando muros, muros que nos impiden vernos de tú a tú, porque igual llegó el momento de volver a juntarnos de otra manera, juntarnos bien, juntarnos por igual, juntarnos como una única fuerza unida capaz de levantar este país que es de todos y de todas, seas de donde seas.



¡Que los aplausos no cesen!

29 abril, 2020

Consuelo Hueso

Soprano inquieta

Tras unas semanas de aletargamiento donde los pensamientos van a cien por hora pero, los actos se ralentizan ablandándose hasta alcanzar su disolución llega la solicitud de Fani Grande para escribir sobre el confinamiento. Mi confinamiento destila desasosiego por las audiciones aplazadas, la cancelación y en el mejor de los casos, aplazamiento de conciertos y recitales, el horror por el cierre de teatros de ópera y auditorios, y la estupefacción ante las incomprensibles situaciones donde el vecindario se queja porque los músicos y músicas ensayan o dan clases online a su alumnado desde sus casas. (Vecindario que seguramente saldrá a las ocho a aplaudir y puede que a corear canciones.) Y también transita él, mi confinamiento, por la rabia e incomprensión con las que se pregunta dónde collinsos está la música clásica en los medios de comunicación. Simplemente, no existe. En las entrevistas, en los videoclips, en los conciertos desde casa prácticamente no aparece. No somos visibles. Así no hay manera.

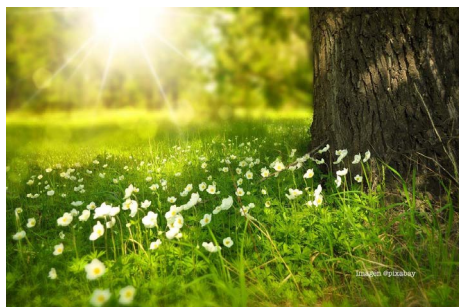
La música solo existe en el tiempo, es efímera, tras ejecutarse permanece únicamente en nuestra memoria. Este arte invisible y que directamente interpela a nuestras emociones, incluso a las que permanecen agazapadas en la última célula de nuestra mente y corazón, necesita de los y las intérpretes.

Un cuadro es admirado por el curioso visitador de museos y galerías, un libro es desmenuzado por el lector avezado o novel pero, una melodía, una canción, necesita ineluctablemente de intérprete para poder imaginarnos en ella. Por eso, las y los artistas, somos indispensables en una sociedad para, entre otras cosas, crear su acervo cultural y simbólico. Y los y las artistas os necesitamos, público. A partir de ahora mucho más. Creo que lo más revolucionario y comprometido cuando se instale la nueva “normalidad” será acudir a conciertos y recitales, apostar por la música en vivo, por todo tipo de música pero, especialmente por la menos divulgada y difundida. Y crear una actitud diferente a la hora de “consumir” música, una actitud que haga del hecho artístico algo que enriquezca y rompa los corsés que la sociedad de consumo y el capitalismo feroz han cosido con esmero, estrechando hasta casi ahogar la vida del artista. Una actitud revolucionaria que propicie la posibilidad de la música como algo no solo asociado a una fiesta sino algo que haga temblar los pilares de nuestra cómoda sociedad y nos lleve a cuestionarnos, que para eso es el ARTE.

Yo, mientras tanto, canto en mi casa con tristeza, con desasosiego, con incertidumbre, con atisbos de alegría y con tintes de rabia pero, siempre, siempre, conmovida. Que los aplausos no cesen, hoy en los balcones y mañana en los teatros. Que los aplausos no cesen y mientras, cantaré para mí.

“Y mañana el sol brillará de nuevo y por el sendero que recorreré, nos reuniremos otra vez nosotros, bienaventurados, en el seno de esta tierra que respira luz del sol.

Y a la vasta playa, bañada por olas azules, bajaremos silenciosos y despacio, callados, nos miraremos a los ojos, y sobre nosotros descenderá el mudo silencio de la felicidad“.



¿Cuándo llegarán los abrazos?

1 mayo, 2020

Ana Noguera

Escritora. Doctora en Filosofía per la Universitat de València.

Tutora de Sociologia en la UNED.

Consell Valencià de Cultura

No sé bien describir cómo me siento. Porque se entremezclan sentimientos negativos y angustiosos con otros esperanzadores, humildes y críticos con la razón antropocéntrica. A partes iguales me invade el agrado de ver que los seres humanos no somos infalibles ni amos de toda la Tierra, y que, en parte, esto es una lección por nuestro enloquecido modo de vida; sin embargo, al mismo tiempo me cubre la impotencia por la muerte de tantas personas, víctimas de un virus que ha venido a alterar nuestra cotidianeidad y situarnos en esta distopía. La situación es tan insólita, que han desaparecido todos los problemas globales que llenaban las páginas de informativos. Hoy, no existe nada más, ni se habla de nada más, ni se escribe sobre nada más, que el coronavirus. Al principio, me preocupaba quedarme confinada en casa, romper mi rutina, mi actividad cultural, los encuentros con las amistades, no poder ir al teatro, ni pasear por la orilla del mar, ni viajar. Pero, como somos realmente adaptativos, fui aprendiendo y encontrando la parte buena del confinamiento: valorar la lentitud del tiempo; apreciar la importancia de un hogar; convivir más que nunca conmigo misma; no tenerlo todo bajo control, ni programado, ni planificado, ni organizado.

Estoy aprendiendo a que el calendario de mis días ya no tenga ni lunes ni domingos. El tiempo transcurre de forma diferente, como si fuera circular, a imitación de la cosmología. Nietzsche diría que hemos vencido el pasado, el presente y el futuro que nos hace lineales, y que nos movemos en un eterno círculo. Así me parece este confinamiento: un eterno círculo que ya no recuerdo cuándo empezó. Siento admiración por tantas personas que, a través de las redes, no han detenido ni su creatividad, ni sus ganas de socializar ni de compartir el ingenio. En cambio, yo tengo la impresión de haber congelado mi “tiempo”. Resulta irónico, porque circular es también el año que vivimos: 2020. Tan repetitivo en su combinación que parece “un tiempo cero”, inexistente o congelado. Pero no es cierto, porque nuestro tiempo pasa y no vuelve. Me detengo muchos momentos al día a contemplar el cielo, porque sus colores son más intensos que antes. Las noches duermen con un silencio novedoso. Y se recuperan sonidos que antes no teníamos: los pájaros o el leve movimiento de las hojas de los árboles. Hasta he visto revolotear unas mariposas y jugué de nuevo con una lagartija que se acercó hasta la ventana.

Resulta paradójico porque me siento más unida a la Naturaleza que cuando salía de paseo; me siento menos sola pese a estar confinada; con tantas cosas que aprender que me faltan horas; más cerca de mi familia y más unida a mis amistades, pese a no verlas.

Hemos descubierto cosas francamente positivas: que disponemos de un Estado sólido (con errores o aciertos) que han cubierto las necesidades más básicas de la gente; que tenemos un sistema sanitario (pese a los recortes) que sería deseable en otros lugares del mundo; que existe una corriente de solidaridad impresionante cuando la gente comparte una amenaza como la actual; que nuestro Planeta ha vuelto a respirar porque nos hemos detenido y le hemos dado una tregua; que la globalización nos trae problemas pero también inteligencia

colectiva y compartida; que podemos valorar otras cosas además del consumo enloquecido; que las redes sirven para comunicarnos y no solo para propagar bulos. Todo ello, podría denominarse de alguna manera con un concepto ilustrado: “los derechos sociales”. Las últimas décadas debatíamos entre derechos colectivos y derechos individuales. Los colectivos se habían convertido en exigencias de identidad grupal, desde religiones, etnias o nacionalismos, sin importar si esos derechos colectivos garantizaban la igualdad de todos sus miembros. Por otra parte, los derechos individuales se habían extralimitado hasta la consideración de ser “deseos”. “Tengo derecho” a todo lo que sueñe, desee o me interese.

Y, hoy, volvemos a ser conscientes de la importancia de los derechos sociales: la sanidad, la educación, la seguridad, el funcionamiento del Estado, ... los que, de verdad, aseguran el bienestar de las personas y la justicia social.

Claro que también hay cosas negativas. Lo más negativo será si sabremos reinventarnos: ¿qué pasará con toda la gente que ha perdido su trabajo?; ¿cómo se garantizarán los pequeños negocios?; ¿sabremos combinar el medio ambiente y la vida social?; ¿volverá a propagarse el virus?; ¿olvidaremos cuáles han sido nuestros héroes y volverán los farsantes a ocupar el liderazgo mediático? ¿Volveremos a la normalidad? Si supone ser de nuevo consumistas compulsivos, depredadores del medio ambiente, insolidarios aislados en ciudades abarrotadas, estresados con mal humor, ... es que no habremos aprendido nada. Sin duda, lo más negativo será los que ya no estarán con nosotros. Ahora me da miedo lo que llaman “desescalada”. Salir de nuevo pero de forma diferente: con separación unos de otros, con mascarillas y guantes, sin entrar en una cafetería llena de gente, sin multitudes, sin sentir el roce de otra gente. Nunca he encontrado tanto sentido a la reflexión de Carmen Martín Gaité: “El hombre es una multitud solitaria de gente, que busca la presencia física de los demás para imaginarse que todos estamos juntos”. Ahora estamos aprendiendo a estar juntos desde la distancia, a través de pantallas, saludando desde la otra acera de la calle; a valorar el encuentro que no puede ser físico.

Y yo, que amo esa soledad intensa que permite la reflexión y el silencio, me aterra salir a la calle sin compañía y con mascarilla.

Lo que echo de menos no es salir a hacer deporte ni asistir a un acto cultural, porque también eso lo he encontrado en el confinamiento de mi casa. Lo que echo de menos son los abrazos y los besos que compartíamos en cada acto social. No me acostumbro a no rozar con mi cuerpo, con mis manos, con mis labios, al otro, sea mi madre, mis hermanos, mi hija, mi marido, o mis amigos. No me gusta ir al supermercado manteniendo la distancia, bajando la mirada, con una sonrisa oculta detrás de una mascarilla.

Según Hannan Arendt, “nada de lo que escuchamos o tocamos puede ser expresado con palabras de manera que iguale cuanto nos aportan los sentidos”. Están en riesgo nuestros sentidos, el tacto con que apreciamos al otro, a esa parte de mi “yo social”, sin el que no soy un yo verdadero.

Los niños y niñas ejercitan su infancia de otra manera: sin jugar con sus amigos, manteniendo la distancia, con una mascarilla, sin masticar chicles juntos, ni chuparse los dedos, ni compartir caramelos. A mí eso me parece la mitad de la infancia. Así que, como no quedará otro remedio, pongamos en práctica los versos del romanticismo: “El alma que hablar puede con los ojos, también puede besar con la mirada” (Gustavo Adolfo Bécquer).



La fabrica de los recuerdos

2 mayo, 2020

Fani Grande

Dice que me ponía las rodajas de mortadela de pulseras... Que las doblaba por la mitad, las mordía en el centro y que les hacía un agujerito. Que, con la patata chafada del hervido, me hacía mascarillas que me aplicaba en cara y brazos, hasta los codos. Que una noche no había forma de dormirme y que me amenazó -la única vez en su vida- con el hombre del saco, y entonces yo hice toc-toc en la pared y dije: 'Hombre del saco, ven a po'la mamá'. Y que seguí sin dormir, ni dejarles pegar ojo. Me cuenta esas cosas ahora que hablamos tanto por teléfono mi madre y yo, que son historias que ya me sabía, pero que me saben a nuevas. Su relato rescata siempre otros recuerdos de niña, de tardes en la cocina con las manos de barro, en las que mi madre cubría con un hule la mesa camilla y ponía encima un bloque de arcilla húmedo y hacíamos los palotes que nuestros dedos eran capaces de modelar. Memorias de otros días, como aquel que forró en beig y marrón una caja de zapatos con restos del papel de empapelar y la transformó en un armario para la muñeca Cindy -marca blanca de la Nancy-, con un palito de madera atravesado y todo, donde colgábamos la ropa que ella misma había diseñado, cortado y cosido: falditas, chaquetitas y bufandas de los retales que hay siempre por casa de las modistas y bordadoras.

No sé si te ha pasado estos días de confinamiento, con tanto tiempo entre las manos de repente, que los recuerdos se han convertido en una especie de rollo de plástico de burbujas y no podías parar de 'explotarlos' uno tras otro... Recuerdo un día que mi madre sacó un émbolo de madera y un cilindro de metal, que a mí me parecía tecnología punta, y mezcló agua con harina y, apretando el émbolo contra su cuerpo, empezó a salir masa que hacía crrish-crrish al caer en aceite hirviendo. Se suman mas momentos con mi padre, que nos falta desde 2002 y cuyo recuerdo ha sido aún más intenso cada día. Recuerdo que nos hacía paellas en el hornillo de la cocina y convertía un miércoles en domingo, porque en Valencia las paellas son domingo o celebración. Y que nos hacía paellas de coliflor, de bacalao, de alcachofa, de pollo y conejo, y con caracoles que había traído él mismo de La Calderona y que sabían a romero. Luego de esas paellas, tras un juego de noes y síes, me llevaba al cole con su Dyane 6 azul clarito, "El Rayo", como llamó al primer vehículo que tuvo de cuatro ruedas tras años de pasar frío en uno de dos. No había niña más feliz en Massamagrell.

Mucho más tarde supe que esos días de hule, churros y paellas, eran días muy difíciles. Esos días de lluvia, mi padre, labrador, no cobraba el jornal porque en el campo no se cobra cuando llueve. Y en invierno llovía bastante entonces. Esos días felices para mí, eran la máxima preocupación para ambos. Y aún ahora, en este momento, por muchos recuerdos que exploto estos días de confinamiento, en los que tanto ha llovido también, y en los que tantas paellas en sartenes he cocinado haciendo domingos a diario, no hallo muestras de desazón, angustia o temor de aquella infancia. Todas las dificultades que pasaron las conocí años después, como tantas cuitas silenciadas que te conté en otros Fémures (aquí y aquí). Las supe y entendí a la vez la importancia que

tiene la infancia en la construcción de tu proyecto de vida. La infancia es para mí un territorio sagrado, y no hablo de sobreprotección, sino de cuidado, de mimo, de amor, en definitiva, porque es la base principal sobre la que se asienta el futuro. Así lo siento yo.

Estos días de #QuedateEnCasa me he inclinado ante esa base para sostenerme mejor y he revivido momentos muy especiales. Y he podido hacerlo en gran medida gracias a mi madre, que con 83 años ha elegido la actitud de aquellos días para afrontar este repentino confinamiento en soledad. Y tiene un mérito extraordinario, porque su base lleva inscrita mucha hambre y miedo de postguerra y, aun así, ha elegido no preocuparnos a mí y a mis hermanos. Ha sacado el coraje que mostró ya de niña cuando buscaba aceitunas como desayuno entre la escarcha de Martos para resistir esta situación, a una edad en la que se merece toda la calma del mundo. Y ha limpiado pinceles y ha pintado camisetas con flores para apoyar la Sanidad Pública. Y ha hecho ‘cruzadas’ y buscado palabras escondidas. Y ha moldeado arcilla y ha hecho mucho más que palotes. Y ha cogido la tablet, ese aparato que le parecía ‘maligno’ y con el que ahora se informa, hace gimnasia y nos habla por video conferencia. Mi madre nos ha enviado fotos de flores de su terraza y de verduras salteadas y de sus deberes de pintura y de las monas de Pascua que no me he comido. Y hasta de un pequeño golpe que se dio en la mano y que no era nada, que no era nada, que tenía que salir a aplaudir. Y ha cosido mascarillas con los benditos retales que aún guarda y está saliendo adelante, tan frágil de salud desde hace años, sin sumarnos un gramo extra de preocupación y pena, que las tiene, igual que las tenía entonces. En una de nuestras conversaciones al inicio del confinamiento, me dijo: “Una me toca, hija. Lo único que me daría pena sería morirme sola después de todo, y teniendo tantas personas que me quieren. Os daría un gran disgusto”.

Escuchando a mi madre siento que no acabamos de soltar el delicado hilo que nos une a la infancia mientras nuestras mayores siguen vivos, esos mayores que hemos perdido ahora a millares y a los que habrá que ir llorando poco a poco desde esta orfandad colectiva de la que aún no somos conscientes. Estos días de confinamiento, de tanta lluvia también, ovillada a mi madre por teléfono, he vuelto a sentirme de una manera que hacía años no me sentía: hija. A mis cincuenta y pocos años he revisitado aquella niña cuidada y protegida gracias a la entereza de mi madre. Estos días de recuerdos explotados no he parado de pensar en las niñas y niños con sus madres y padres, cuidándolos mientras gestionaban el miedo y la incertidumbre por haber perdido el trabajo o por el peligro que sus trabajos significan en tiempos de pandemia. Tantas personitas llenando cocinas, salones y balcones, formulando preguntas y almacenando recuerdos sobre los que construirán sus vidas. Quiero pensar que saldrán de esta experiencia con el corazón cargadito de buenos recuerdos, ojalá sea así. Por eso, y a punto de iniciar esta compleja desescalada, en el que volveremos a nuestras realidades como quien vuelve del refugio a casa tras un tornado y mira con incredulidad como ha quedado todo, quiero expresar mi más profundo y sincero reconocimiento a esas madres y padres que lo han dado todo fabricando recuerdos felices para sus hijas e hijos. Quiero que sepan que estas memorias de infancia serán una herencia emocional valiosísima y que, un día, cuando sean mayores y el suelo se abra bajo sus pies, se sostendrán mejor gracias a ellos.

Y a mi madre, que me lee, le doy las gracias una vez más por no rendirse nunca 



La «golopeda». Cuento breve de pandemia

3 mayo, 2020

Beatriz Gallardo Paúls

Catedrática de Lingüística General

Facultad de Filología, Traducción y Comunicación (UV)

*“Pensando en Verónica, en Arantza, y en tantos otros «golopedas»
que desempeñan su labor esencial en medio de la invisibilidad.”*

Amelia está tumbada en el sofá con los ojos cerrados; hace diez minutos que ha terminado su videoconferencia con el último paciente, y se siente agotada y frustrada. Los niños le suponen más esfuerzo, pero los adultos la conmueven hasta la médula. Y eso sin hacer caso a esa parte de su cabeza que no deja de hacer números y adelantarse al desastre económico que se le viene encima. Porque en esta pandemia, la logopedia, de nuevo, ha sido ignorada como atención sanitaria esencial. Y no, por mucho que se empeñen no es un tipo de intervención que se pueda trasladar como si nada a la teleasistencia. Como tampoco hay quien mantenga la atención de un niño en la pantalla más de veinte minutos, por muy lúdica y seria que se ponga una en la rehabilitación; eso sin hablar de las disfagias que hacen necesario manipular la boca de los pacientes.

La mayoría de los suyos son adultos afásicos a los que lleva atendiendo con entrega los últimos veinte años, desde que descubrió la afasiología en sus clases de lingüística, se especializó en logopedia y abrió su clínica. Y los ve cada día enfrentándose impotentes a la pantalla. Dos de ellos solo cuentan con la opción de vídeo-llamada por WhatsApp, no tienen internet y no se manejan bien con la tecnología. Se corta el sonido, no se entiende bien lo que dicen...y la comunicación se ve restringida a la modalidad oral, que es justamente en la que tienen más dificultades; además, no poder acceder a la comunicación no verbal les roba una fuente de entendimiento que a veces resulta vital. Así que muchos han dejado de conectarse para las sesiones. Lo entiende, claro. Si ella misma acaba exhausta después de cada conexión, cómo van a estar ellos con el estrés añadido del déficit lingüístico. Solo atiende ya a tres niños, los tres cuyos padres tienen internet y tiempo para acompañarlos, y a dos adultos. Julián, con afasia motora tras un accidente de coche, casi lloraba ayer diciéndole que no había manera de lograr entender a la farmacéutica cuando le hablaba detrás de la mascarilla. La otra es Marina, la admirable anciana a la que un ictus redujo al mutismo hace más de cinco años pero que no cesa en el empeño de mejorar. Ni ella ni su familia, claro, siempre pendiente.

De repente, le llega un estrépito desde la calle. Extrañada comprueba la hora en el reloj del ordenador, y durante una milésima de segundo piensa, al ver las 19:00, si acaso no se olvidó de cambiar la hora, pero enseguida recuerda que el ordenador se actualiza solo. Entra en internet. Buscador. “Cacerolada + Valencia + hoy”. Montones de páginas anuncian caceroladas, pero ninguna indica que hoy hubiera alguna convocada en Valencia. Abre Twitter. Un mensaje habla de caceroladas a una hora y aplausos a la siguiente, pero no encuentra un motivo. Busca los mensajes de Whatsapp y ve que han entrado 54 mensajes en “Colegio Sara”. Seguro que ahí hay información... Bueno, por llamarlo de algún modo, porque ahí es donde más bulos le llegan, no entiende que haya padres que se dediquen a meter en ese grupo sus pullitas airadas, cuando no cabreos iracundos, contra

quien sea. Pero repasa rápidamente la sucesión de vídeos en el chat del teléfono. El de los niños apellotonados en el parque está repetido cuatro veces. Algunos padres refieren pérdidas dolorosas por la epidemia, y es más que comprensible su tristeza, su desahogo y su impotencia; pero al dolor, que es innegable y elocuente, se impone el grito, la andanada, la furia. Más abajo dos madres se han enzarzado en una escalada de hostilidad: una publica el vídeo con la llegada de los aviones de material sanitario y la otra le replica con videos de médicos denunciando la falta de material; gráficos contradictorios, textos con mucha mayúscula y mucho signo de admiración.

Ser testigo de este tipo de disputas, que ella considera un verdadero déficit comunicativo de toda la sociedad, le provoca una intensa desazón. Porque si bien en algunos casos resulta evidente la tergiversación y la maldad, en otros no siempre está segura de quiénes dicen la verdad, como en este caso, en que las dos madres implicadas le parecen gente sensata y razonable. Ya le ocurrió al principio, cuando circularon los múltiples rumores conspiranoicos sobre el origen de la pandemia, sobre la mala gestión, sobre los que mienten y los que callan... Como ciudadana, quiere saber y quiere ser justa, pero hasta la prensa que consideraba de referencia afirma simultáneamente una cosa y su contraria.

Piensa que esta inseguridad constante sobre la certeza de los mensajes (de los políticos, de los científicos, de los jueces, de los periodistas) va a ser muy difícil de desandar. Y que el daño que provoca es terrible, porque alimenta la radicalidad y la ira, justo en el momento en que más falta hace un ambiente de empatía, de cooperación y comprensión de los demás. Sigue viendo mensajes y nota cómo su estómago se va encogiéndose por la tensión que le transmiten. De vez en cuando, una tregua: alguien publica un par de memes divertidos que le permiten sonreír sin sentirse culpable allá en el fondo. Pero el tono global es muy desagradable. Así que sale de Whatsapp y borra todo el chat, eliminando todos sus adjuntos. Vuelve a pensar en sus pacientes, cruza mentalmente los dedos para que los cinco que aún quedan no abandonen; sonrío pensando en Gabriela, la niña que la semana pasada por fin logró decir espontáneamente «logopeda», sin esa preciosa metátesis que decía en «golopeda» y que tanto la enternece. Se va quedando adormilada en el sofá, y un fondo leve de aplausos le llega desde el balcón entornado; le da la impresión de que hoy están durando más, piensa en levantarse y salir, como lleva haciendo cada día que no tiene sesión a las ocho, pero el cansancio la está arrastrando al sueño; no sabe qué la ha agotado más, si las dos sesiones seguidas de rehabilitación o la hora mirando vídeos y mensajes agresivos. Ojalá que el que pone la música tan alta a diario no elija hoy nada estruendoso.

EL FÉMUR DE ELLAS